



Luna
de gato
yato

**CHRISTIAN
MARTINS**

Luna
de
Gato

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN ENERO 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS

“Yo no sueño de noche. Yo sueño todos los días. Yo
sueño para vivir”

Steven Spielberg

¡¡Feliz 2019, chicas Martins!!

Con esta novela comenzamos un año nuevo de historias y de sueños. Por eso, estas páginas, tratarán precisamente sobre esas dos cosas: sueños e historias.

Voy contaros la historia de Amanda. Una chica que, aunque no lo sabe, quiere un nuevo principio. Y la historia de Brett, un chico que necesita la valentía necesaria para empezar a buscar lo que realmente anhela.

Espero que tu imaginación te haga volar muy lejos y que imagines a los personajes de esta bonita novela como yo los imaginé al escribirlos.

Disfrutadla, es para vosotr@s.

Con cariño,

Christian Martins.

1

Brett se quedó mirándola fijamente, intentando descifrar aquello que ocultaba su mirada nostálgica. Tenía los ojos muy verdes y llamativos. Eran intensos. Pero lo que más llamaba la atención de ella, era su aspecto. Vestía unos botines hasta el tobillo, unas medias moradas, una falda vaquera y un jersey blanco de lana. Hacía frío. El enero de aquel año había entrado pisando fuerte y las calles siempre estaban heladas o nevadas, así que sus medias gordas y su jersey calentito podían pasar desapercibidos — sí, a pesar de ser unas medias moradas — . Lo que más llamaba la atención de su aspecto es que tenía los labios pintados de un color verde azulado.

— Lo que tenemos que hacer es aguantar el chaparrón — aseguró — , tarde o temprano tendrán que hacernos socios junior del bufete.

Estaban teniendo un día muy malo en el trabajo y Colin intentaba inflarse a sí mismo los ánimos. En realidad, no necesitaba que Brett le prestase atención para continuar con su discurso, pero sentía curiosidad.

— ¿La conoces? — preguntó, cambiando de tema con rapidez y desviando la mirada hacia la chica.

— ¿A quién? — inquirió él, fingiendo estar mirando a la nada.

— A quién va ser... — suspiró Colin, señalando con el dedo índice a la chica — . Al bicho raro de ahí al fondo. ¿La conoces?

Brett volvió a mirarla.

Parecía distraída, dibujando en su bloc de notas y ajena al resto del bullicio de la cafetería. Cualquiera a su alrededor, con solo mirarla, podría haber pensado que se trataba de una persona extravagante. Por lo general, las chicas solamente se maquillaban de esa manera si querían llamar la atención de

forma desesperada. Pero lo que más le llamaba la atención a Brett — incluso más que su labial verde azulado — , era lo tímida que parecía ser.

— Sí, la conozco — murmuró — , es mi vecina.

Colin prestó atención a la chica un par de segundos más, hasta que finalmente sacudió la cabeza y decidió regresar al tema laboral. En aquella chica no se le había perdido nada de interés.

— Tenemos que ser más inteligentes que ellos, Brett — explicó en voz baja, como si no quisiera que nadie más escuchase la solución de sus problemas. Como si hubiese descubierto una brillante fórmula mágica capaz de solucionar la crisis mundial — . No pueden echarnos y tampoco pueden mantenernos con este contrato de pacotilla toda la vida. Tendrán que tomarnos en serio tarde o temprano.

Brett suspiró, agotado.

Si estaba en el trabajo, pensaba en trabajo. Si estaba en sus quince minutos de descanso, Colin también le obligaba a pensar en trabajo. Y si se marchaba a casa, también pensaba en ello. La vida, vista desde aquella perspectiva, parecía una auténtica basura.

— Los del crédito me están ahogando, así que no podré aguantar mucho más con este contrato de becario... El sueldo no es una maravilla, Colin, y si nos restan un veinticinco por ciento del mismo por habernos colegiado en los últimos cinco años, entonces ya no me queda ni para pipas.

— Ya lo sé...

— No, no lo sabes — le interrumpió, justo cuando se percataba de que sus quince minutos de descanso habían finalizado y de que debían regresar a la oficina cuanto antes — . Tú tienes una suerte enorme, y es que vives con tus padres. Yo tengo que pagar ese maldito crédito, un alquiler y, además, comer hasta final de mes. Voy a tener que mandarles a tomar por culo si la cosa no cambia.

Brett se levantó con lentitud, estirando hasta el último segundo de aquellos quince minutos tan deseados. Colin hizo lo mismo.

La cafetería continuaba a reventar. Estaban en una zona de edificios con oficinas y, al parecer, aquella era la hora punta del descanso. Mientras acercaba la taza del café a la barra, Brett volvió a fijarse en la chica. No

porque le gustase, sino porque le resultaba curiosa. Bueno, evidentemente, curiosa era, ¿verdad? Se preguntó qué clase de trabajo tendría y quién contrataría a una chica que llevaba los labios pintados de azul. O de verde. Según la luz del momento, se veían de una manera u otra. Vivía en el quinto; como él. También vivía sola — o eso creía Brett — . La veía salir pronto de casa y después ya no solía volver a coincidir con ella en las escaleras, lo que significaba que o bien regresaba muy tarde, o bien lo hacía demasiado pronto. Jamás la había visto con ningún otro hombre, aunque, a pesar de sus extravagancias, Brett debía confesar que tenía un atractivo especial. Era guapa. No era esa clase de chicas que te cruzas en la calle y te giras para mirar, si no, más bien, poseía esa clase de belleza oculta que, si desterrabas, podía resultar hipnótica.

Colin le propinó una fuerte palmada en la espalda a su amigo.

— Tú ten ánimos, tío. Seguro que todo va mejor.

2

Era miércoles.

Los miércoles, su hermana Donna iba a visitarla y ambas cenaban pizza de pepperoni mientras veían algún reality show absurdo en la televisión.

Amanda se miró al espejo unos instantes; aquel día casi no había tenido tiempo para maquillarse y bajo sus párpados se intuían unas profundas y ennegrecidas ojeras. Suspiró hondo y puso una mueca de disgusto al espejo. Su reflejo le devolvió el gesto.

— Estoy asquerosa... — murmuró, alejándose del objeto para dejarse caer en el sofá.

Asquerosa y muy cansada, pensó, mirando de reojo la torre de papeles que tenía sobre la mesita auxiliar del salón.

Llevaba dos años trabajando para la editorial y, durante aquel periodo de tiempo, sus responsabilidades y horarios habían variado tanto como la bolsa en Wall Street. Aquel momento de transición no le resultaba, en absoluto, agradable. Ya no era la novata de turno, pero seguía sin haberse ganado un puesto entre los veteranos. Lo que la situaba, sin duda, en tierra de nadie. Además, sus responsabilidades eran mayores que las de los novatos y mucho más intensas que las de los veteranos. Cuando entró a trabajar a la editorial, Amanda dedicó casi un año a llevar cafés y sacar alguna fotocopia insignificante. Poco a poco fue ganando confianza hasta que su jefe le asignó su propia mesa de trabajo. Aquello sí le pareció un verdadero logro. Tenía su lugar y podía dejar de merodear de un lado a otro sirviendo cafés o buscando una esquina libre en la que poder ejercer sus tareas sin molestar al resto de los compañeros. Y unos meses después, todo volvió a cambiar. Su jefe, Dallas, le dijo que tenía pensado ascenderla al departamento de redacción. Amanda sintió que su mundo daba un vuelco cuando escuchó aquellas palabras. Pero después, puntualizó; “en realidad, quería decir que tendrás que ganarte el ascenso”. Fue una manera motivante de comunicarle que debía meter más horas que el resto y trabajar más. Mucho más. Incluso en sus horas libres.

Escuchó los tacones de Donna en el rellano. En aquel edificio las paredes y las puertas eran de cartón, así que podía percibir todo lo que ocurría en el resto del vecindario. Quizás aquel fuera el verdadero motivo por el que Amanda se esforzaba tanto en pasar desapercibida y por no armar jaleos. La única visita que ella recibía era la de su hermana, los miércoles. Cierto era que tampoco tenía muchas más amistades, pero eso no implicaba que su comportamiento fuera lo más cívico posible. Evitaba poner la música alta, no dejaba que Luna se paseara por la casa a altas horas de la madrugada y procuraba no entrar ni salir a horas poco comunes.

Haciendo un esfuerzo sobre humano, se levantó del sofá y se arrastró hasta la puerta. Pensó que debía haber suspendido el encuentro, pero después se dijo a sí misma que fallar a una cita con Donna era imposible. Su hermana podía ser muy perspicaz.

Abrió la puerta antes de que ella tocara el timbre.

— ¡Hermanita! — exclamó, saltando a los brazos de Amanda.

Ella sonrió.

Su hermana y ella eran polos opuestos.

No se parecían en nada; ni física, ni psíquicamente.

Donna era alegre, divertida, risueña. Era, en palabras de su propia madre, un espíritu libre buscando su lugar en el mundo. Le gustaba viajar, comer y enamorarse. Cada semana tenía un novio diferente y, de todos ellos, decía haberse enamorado loca y perdidamente. Vestía de forma discreta, era morena de ojos castaños y tenía una complexión normal. Quizás, en alguna temporada del año, le sobraban unos pocos kilos. Pero, según palabras de la propia Donna, aquello era culpa de las navidades y del turrón.

Amanda, en cambio, era introvertida. El mundo siempre le había resultado demasiado extraño e incomprensible, así que procuraba no pasearse por él haciendo ruido. Desde pequeña había tenido serios problemas para relaciones con el resto de la gente y, en aquellos instantes, la joven tenía la firme convicción de que no conseguiría encajar jamás con ningún otro ser humano. Ni siquiera Donna hacía que se sintiera cómoda a su lado, y eso que llevaban juntas una vida entera.

— ¡Madre mía, Amanda! ¿Qué son todos estos papeles? — preguntó, repasando con la mirada la torre de manuscritos que tenía pendientes de

corrección — . Dime, por favor, que no te estás trayendo el trabajo a casa...

Amanda suspiró.
Odiaba discutir con su hermana.

— La editorial está hasta arriba y...

— ¡Basta! ¡No me digas más! — le cortó, sujetándola por ambos hombros y mirándola fijamente a la cara — . Tienes que evitar que se aprovechen de ti, Mady. De verdad. La gente ve lo buena que eres y te explota...

— Sólo será unas semanas, hasta que la carga de trabajo baje un poco... Además, tengo que ganarme el ascenso.

Donna la repasó de arriba abajo y, después, se alejó de ella poniendo los ojos en blanco.

— ¡He traído cervezas! — exclamó, cogiendo la bolsa de plástico y llevándosela a la cocina.

Amanda se quedó mirando fijamente cómo su hermana metía los botellines en el congelador. Aunque ella no bebía, su hermana era capaz de engullir una cerveza detrás de otra como si su estómago fuera un pozo sin fondo.

— ¿Qué te apetece que veamos esta noche? He oído que dan una película muy buena.

— Lo que más te apetezca — respondió Amanda, frotándose las manos con impaciencia mientras su hermana recolocaba la nevera a su antojo para poder meter más cervezas.

La quería mucho. Muchísimo.
Pero odiaba aquellos malditos miércoles.

Ella era feliz estando sola, con Luna.

— Así no tengo que venir cargada todos los miércoles, ¿vale?
— preguntó, guiñándole un ojo y mostrándole el resultado final.

Había ocupado una balda entera con cervezas.
Amanda suspiró y asintió, pensando que, al menos, Donna era capaz de acabar con ellas en un visto y no visto. No durarían demasiado.

Mientras se acomodaban en el sofá, escuchó unas voces en el rellano que se aproximaban a su puerta. Reconoció una de ellas; era el abogado que vivía

al fondo. Sabía que era abogado porque trabajaba en el bufete que estaba frente al edificio de su editorial. Algunas veces coincidían en la cafetería y otras veces le había visto entrar al trabajo con aquella mueca de disgusto. Parecía una persona infeliz, aunque tampoco se sentía muy capaz de juzgar ni empatizar con el resto de los habitantes de aquel planeta.

— ¡Tierra llamando a Mady! — bromeó su hermana — . ¿Puedes dejar de pensar con esa cabecita tuya y centrarte en mí? ¡Tenemos que decidir el programa!

Escuchó la puerta cerrarse de un portazo cuando el abogado entró a su piso. Solía regresar a casa solo, con alguna chica u, otras veces, con amigos. Aquel día había vuelto con una mujer.

— ¿Mady? — insistió Donna.

— Creo que prefiero una película.

Su hermana aplaudió.

— ¡Genial! ¡Yo me encargo!

Observó a Donna saltando del sofá para coger el teléfono fijo y llamar a la pizzería; después, agarró el mando y comenzó a zapear hasta encontrar una que acababa de empezar.

— Esta te gustará — aseguró — , es una comedia. Buenísima. Mi amiga Carol me dijo que la vio en el cine y que no pudo parar de reírse en una semana.

Donna era tan exagerada o más que su amiga Carol.

— Genial — aseguró, fingiendo una sonrisa mientras su hermana destapaba un botellín de cerveza.

Sí, aquella balda de la nevera volvería a despejarse con rapidez.

3

A Amanda le encantaba el verde azulado. O el azul verdoso. Dependiendo de quién lo mirase podía verlo de un modo o de otro, y esa era una de las cualidades que más la atraían de aquel color.

Se vistió con rapidez, sin prestar demasiada atención a las prendas que cogía del armario, y después se permitió unos minutos de más para maquillarse. No se hacía demasiado; un poco de rímel, un poco de corrector y colorete y los labios a juego de sus ojos. Aquella era su seña de identidad; lo único que la hacía pasar por aquel lugar llamado Tierra dejando una huella tras de sí. Si alguien quería pregunta por ella, se refería a su persona como “la chica de los labios azules”. En otros tiempos más lejanos su presencia había resultado tan insignificante que nadie había podido recordarla por ningún motivo. Pero ahora sí. Era la chica de los labios azules. Y eso le gustaba.

— ¿Donna?

— Ya estoy, ya estoy... — canturreó su hermana, terminando de vestirse, comiéndose un bol de cereales y maquillándose. Todo a un mismo tiempo.

Donna tenía super-poderes para realizar varias tareas simultáneamente, aunque ninguna de ellas solía terminar realizada al cien por cien.

La noche anterior se había quedado a dormir. Según Donna, estaba demasiado cansada y ni siquiera se había dado cuenta de lo tarde que era. Pero en realidad ambas sabían que la hilera de cervezas con las que había acabado habían dejado sus estragos en ella. Aunque no se hubiera querido quedar a dormir, Amanda la habría obligado. Había visto muchas veces conducir ebria a su hermana y sabía que, en cualquiera de esas ocasiones, la cosa terminaría muy mal.

Aquella mañana salieron tarde, de modo que no coincidió con el abogado.

Solían cruzarse todas las mañanas en el portal, como si ambos hubieran sincronizado los relojes a propósito. Amanda revisó su reloj y pensó que, por desgracia, llegaría tarde a la editorial.

— ¡Oh, no! — exclamó, llevándose las manos a la cabeza — . ¡Me he dejado los archivos en casa!

Donna la escrutó con preocupación.

— ¿Son importantes?

— Si me presento sin ellos será un día de trabajo perdido... Tengo que regresar a por ellos.

— ¿Quieres que te acompañe?

Ambas miraron al autobús que se había detenido frente a ellas. El siguiente tardaría treinta y cinco minutos en llegar.

— No, tranquila — aseguró Amanda — , cogeré el siguiente.

— ¿Segura?

Amanda asintió y Donna, con su característica emotividad, se lanzó a sus brazos para achucharla con fuerza.

— Te veo el miércoles que viene... — dijo, echando a caminar hacia el autobús — . ¡Y no dejes que tu jefe se aproveche de ti, Mady! — gritó, a modo de despedida.

La joven suspiró, agobiada, y echó a correr calle arriba.

Tenía tiempo suficiente para subir caminando, coger los papeles y regresar a tiempo para el siguiente autobús; pero prefería no arriesgarse. De aquel modo llegaría unos cuarenta y cinco minutos tarde a la editorial, así que no podía permitirse que el contador de minutos fuera en aumento.

Saludó brevemente a Luna, que se alegró de que su dueña hubiese regresado a casa antes de tiempo, recogió los papeles y salió pitando. Corrió calle abajo, agobiada, hasta que regresó a la parada del bus. Aún era pronto y faltaban alrededor de diez minutos para que el siguiente llegase, pero bajo la señal de espera ya se había aglomerado un buen número de personas. El autobús que solía coger siempre viajaba vacío, con tan solo un par de madrugadores a bordo. Pero aquel iba hasta arriba, claro.

Llegó con tres minutos de tardanza; lo que aumentó su contador. Tenía que ir pensando en una excusa para enfrentarse a Dallas y al reproche que tendría sobre “su mala actitud”.

Apretó los archivos contra su pecho y pegó la cabeza a la ventanilla. El cristal estaba frío. Miró al fondo del autobús cuando éste comenzaba a moverse y se percató de que tan solo quedaban un par de asientos libres. Y eso que el recorrido del vehículo acababa de empezar. Intentó relajarse y mantener los nervios a raya. Mientras lo hacía, se dijo a sí misma que no volvería a permitir que Donna se quedase a dormir. Siempre que lo hacía, llegaba tarde al trabajo.

— Señorita...

Amanda levantó la cabeza.

Un hombre mayor, de unos ochenta largos años, señalaba el asiento contiguo a ella. La joven necesitó un par de segundos de más para comprender qué era lo que quería.

— Sí, sí... Está libre.

Esa era precisamente la razón por la que Amanda se había sentado ahí. Para no tener que compartir su burbuja personal con nadie.

Supuso que no tendría más opción que resignarse y sonrió levemente mientras el anciano tomaba asiento a su lado.

— ¿Qué tal? — inquirió el hombre.

Ella pestañeó.

No quería hablar con nadie.

En realidad, no es que no quisiera, es que no le gustaba. La gente solía hacer bromas, comentarios y chistes a los que pocas veces era capaz de responder de forma ingeniosa. Suponía que aquella era una de las muchas razones por las que no conectaba con la sociedad. A veces, en sus momentos de tristeza, se decía que el problema había sido que no había nacido en la época correcta.

— Bien..., supongo.

— ¿Supongo? — repitió él, dedicándole una amplia sonrisa desdentada.

Amanda se obligó con todas sus fuerzas a sonreír.

Sin añadir nada más, se giró hacia el cristal, volvió a pegar la cabeza a la ventanilla y se concentró en el tráfico de la ciudad.

— ¿Cómo te llamas, joven?

¿Se dirigía a ella?

“Problemas de perder mi autobús habitual”, se dijo a sí misma.

— Amanda — murmuró, sin volver la mirada del cristal.

— ¡Oh, bonito nombre!

Sabía la teoría; en aquel instante ella debía responder “gracias”. Pero por alguna razón, se quedó muda. Solía pasarle siempre que alguien intentaba entablar una conversación con ella de forma imprevista. A veces, si se preparaba mucho para la ocasión, las cosas podían ir bien. Aunque en esas ocasiones tampoco se podía asegurar nada.

— ¿Vas a trabajar, Amanda?

Ella sacudió la cabeza de forma afirmativa y después se giró hacia el señor.

— Yo no — señaló, aunque dada su edad aquel dato resultaba totalmente innecesario — . Yo solo he salido a pasear.

Su parada aún estaba lejos, lo que provocó que la angustia se instalase en su pecho. ¿Por qué no la dejaba tranquila?

— ¿Sabes una cosa, Amanda? — preguntó con un tono de voz dulce.

Ella se giró.

Se percató, por primera vez, de que aquel anciano tenía unos ojos casi tan bonitos como los suyos propios. Eran azul verdosos, o verdes azulados. Según quién los mirase. Tenía una sonrisa tierna y, a pesar de sus arrugas, sus facciones bondadosas evidenciaban que era y había sido una buena persona.

— ¿Qué? — inquirió con un hilillo de voz.

— Tengo alzhéimer. ¿Sabes lo qué es?

Ella asintió con la cabeza de forma automática y el hombre sonrió.

— Estos últimos meses han sido muy complicados para mí, ¿sabes? Esta enfermedad es muy dura.

Amanda la conocía bien.

Aunque no la había vivido en primera persona, había visto a más de una persona cercana perder poco a poco la cabeza por aquella enfermedad. Miró al exterior; el autobús aún se encontraba muy lejos de su destino. Se dijo a sí misma que, quizás, debía esforzarse un poco por resultar agradable con el anciano. Al fin y al cabo, compartía con ella algo importante: su color favorito.

— Lo siento mucho — acertó a decir con la voz ronca.

Siempre que se veía obligada a relacionarse con otro ser humano, descubría lo mal que se le daba. Una vez, un psicólogo, le dijo que todo se reducía a una falta de empatía. Pero Amanda no pensaba que fuera así. Ella sí podía empatizar; sentía dolor cuando veía a un niño durmiendo en la calle o alegría cuando una persona querida recibía algo bueno de la vida. Pero lo que no funcionaba bien, en realidad, era su capacidad de adaptación.

— Sí, es un poco triste — continuó el señor — . Pero hoy me ha pasado algo curioso... Algo... Algo que parecía imposible.

Amanda, de forma inconsciente, se acercó a él más.

Cada vez había más gente en el autobús y le costaba escuchar lo que decía, ya que el hombre hablaba casi en un susurro. Para aquellos instantes, tenían tanta gente a su alrededor que todos los asientos habían sido ocupados y varias personas viajaban de pie, sujetas a la barra, balanceándose cada vez que el vehículo se disponía a dar una curva cerrada o frenaba en un semáforo rojo.

— ¿Qué... le ha pasado? — preguntó, aún sin siquiera saber si la cuestión era adecuada para un hombre enfermo.

Quizás debía quedarse callada y permitir que él le contase lo que quisiera. Al fin de cuentas, unos minutos más tarde se bajaría del autobús y no volvería a saber de aquella persona en su vida.

— Hoy me he despertado y... era consciente — explicó con brevedad, pensativo y distraído al mismo tiempo. Amanda pensó que era una persona realmente curiosa — . Hoy me he despertado y recordaba todo. Todo lo que había olvidado durante estos años.

Ella pestañeó, incrédula.

¿Eso era posible? ¿Acaso uno podía curarse del alzhéimer así porque sí?

— Y todo lo que he sufrido durante estos años, claro. He recordado la muerte de mi esposa y el nacimiento de mi segundo nieto, ¿sabe? Tanto lo malo como lo bueno ha venido a mí.

— Se sentirá... feliz — se aventuró, impactada por lo que el anciano le relataba.

— En realidad, no. He recordado más maldad que bondad — aseguró con la voz apenada.

Amanda se quedó mirándole fijamente, esperando a que dijera algo más.

— Creo que esto es una señal de la vida, Amanda. Creo que por fin puedo recordar por una razón.

— ¿Cuál?

El llanto de un bebé irrumpió en la conversación. La madre, nerviosa por el escándalo que su hijo estaba armando, lo meció con desesperación entre sus brazos hasta que logró apaciguar su llanto.

— Uno no debe estar solo en la vida, ¿entiendes? No somos animales solitarios. Estamos hechos para vivir y morir acompañados. Siempre acompañados y amados. Eso es lo que todas las personas buscan; amor.

Ella no supo qué responder. “Yo no”, pensó. Pero no dijo nada. Sabía que ella era diferente y que, en efecto, ninguna compañía era apropiada para compartir sus pensamientos. Ni siquiera Donna la lograba entender, aunque debía admitir que su hermana se esforzaba mucho y lo intentaba constantemente. Cuidaba de ella; y de algún modo, resultaba tranquilizador saber que si se moría, alguien lloraría en su funeral. Pero, ¿por qué estaba pensando en la muerte?

— Esta es mi parada, Amanda. Creo que la tuya también.

Amanda desvió la mirada al cristal.

“¡Oh, Dios!”, pensó. Aquel, desde luego, no era su día. Es más, se atrevía a creer que era el día más horrible de toda su existencia.

El anciano se levantó costosamente y esperó a que el autobús se hubiera detenido para caminar hasta la salida. Amanda, con ganas de llorar, le imitó. Se había pasado su parada y esperar otro autobús significa aumentar el tiempo de retraso casi hasta una hora y cuarto, lo que se reducía a una única opción;

caminar.

— Hasta luego — se despidió de forma brusca, aunque convencida de que despedirse era mejor que no decir nada.

Iba a echar a correr por la acera cuando el hombre volvió a llamarla. Irritada, se detuvo y se giró hacia él.

— Aunque tú no lo creas, el mundo tiene algo preparado para ti...
— murmuró, mirándola fijamente a los ojos.

Amanda se quedó petrificada. Helada.

Sintió cómo el tiempo se detenía; las personas dejaban de caminar, el mundo dejaba de moverse. Las ruedas de los vehículos detenían su movimiento y los relojes dejaban de funcionar. En ese instante, la joven estaba segura de lo que estaba viendo; podía ver la vida apagarse en los ojos de aquel anciano. Podía ver como ese azul verdoso o verde azulado se extinguía. Moría.

— ¡Dios santo! — exclamó, con los ojos llenos de lágrimas.

Soltó los archivos que tenía en sus manos y dejó que estos se esparcieran por el suelo justo mientras caía el cuerpo inerte del anciano. Nunca jamás, hasta entonces, había visto morir a nadie. Pero no necesitaba haberlo hecho con anterioridad para tener la certeza de que aquel corazón no volvería a latir. Jamás.

Había terminado su ciclo y se había despedido del mundo... O al menos, se había despedido de ella.

Los relojes volvieron a ponerse en marcha cuando un grupo alarmado de transeúntes se abalanzaba sobre el anciano. Algunos gritaban y otros lloraban.

— ¡Que alguien llame a una ambulancia! — decían, histéricos.

Amanda se secó las lágrimas con el dorso del jersey y caminó un paso al frente. Entre las cabezas de los presentes, logró atisbar el rostro pacífico del anciano del autobús. Se secó una lágrima más. Pensó que, al menos, había muerto con sus recuerdos y siendo consciente de quién había sido en la vida.

4

Brett miró la maldita máquina fotocopidora con odio. Llevaba más de una hora ahí metido, sacando copias y más copias. Haciendo el trabajo sucio para los demás. Había pasado muchos años de su vida estudiando, aprendiendo absurdas leyes que jamás le servirían para nada y preparándose para exámenes que, ahora, veía estúpidos.

Su carrera universitaria tan sólo le había servido para endeudarse el resto de su vida y aquel tipo de trabajos patéticamente pagados no contribuían a que el peso del crédito que había pedido para estudiar pudiera disminuir.

— ¿Brett?

Se giró hacia la puerta y le lanzó una mirada inquisitiva a la encargada. Era una arpía que se creía por encima del resto y que trataba a los becarios como a trapos sucios.

— Hay un cliente para ti. Está en la sala seis.

Brett asintió.

— Ahora voy. Gracias.

Terminó con las fotocopias y después se encaminó hacia la sala de reuniones número seis. Esa sala estaba destinada, única y exclusivamente, para los clientes poco importantes.

Cruzó el umbral y le dedicó una pequeña sonrisa al chico que esperaba sentado en la mesa. Debía de tener veintiún años. Quizás veintidós.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó Brett, recolocándose la americana del traje.

— Rober, señor.

Brett se acercó hasta él y se sentó en frente.

— Veamos, Rober. ¿Qué te ocurre?

¿Hurto? ¿Drogas?

Había visto a muchos chicos mirarle de aquella manera. Espantados y con el futuro pendiendo de la cuerda de la incertidumbre.

— Necesito un abogado — respondió el chico.

Brett puso los ojos en blanco.

Evidentemente, hasta ese punto ya había llegado sin necesidad de aclaración.

— ¿Traes algún dossier?

El chico se lo dio.

Brett lo revisó superficialmente. Lo habían pillado conduciendo muy por encima del límite de la velocidad de la vía. En realidad, doblando el límite de velocidad permitido.

— ¿Habías consumido algún tipo de estupefaciente?

El chico negó.

— ¿Alcohol?

— Tampoco, señor. No pueden quitarme el carnet porque...
— tartamudeó — , lo necesito para trabajar.

Brett revisó un poco más a fondo el dossier.

— Seguramente todo quede en una multa administrativa. No irás a la cárcel.

El chico suspiró con alivio.

— Y tampoco creo que te vayan a quitar el carnet, pero necesitas un abogado para eso.

Rober, que ya contaba con ello, asintió.

— Bien. Presentaré el caso al fiscal y pediré que no lo consideren conducción temeraria. Dependiendo del humor en el que esté, tendremos una vista o no.

Rober continuó asintiendo de forma exagerada.

— Sí, vale...

— Nuestros honorarios son de mil quinientos dólares. ¿Puedes pagarlos?

El chico, una vez más, hizo un gesto afirmativo.

Mientras tanto, Brett pensaba que mil quinientos dólares por aquel trabajo eran una auténtica estafa. Pero no era problema suyo. El bufete podía pedir lo que se le antojase y era cuestión del cliente decidir si estaba dispuesto o no a pagarlo. Con solo aquella visita, los sinvergüenzas de sus jefes ganarían más que él en una quincena completa.

— Muy bien. Pues eso es todo — se despidió Brett, acercándose para estrecharle la mano —, le comunicaré la fecha de la vista, si es que la hubiera.

— Gracias... — murmuró el muchacho, que abandonaba la sala tan confuso como cuando había entrado en ella.

Brett se quedó allí unos instantes más.

Era penoso. Mientras el resto de los socios se dedicaban a trabajar con casos importantes, él se enfrascaba en llevar multas y a hacer fotocopias. Y en contra de lo que pensaba Colin, Brett estaba casi convencido de que transcurridos los cinco años de becarios los echarían a la calle y contratarían a otros dos recién colegiados. Los nuevos socios no solían ascender de la fotocopidora a un despacho, si no que eran fichados de la competencia. Les hacían buenas ofertas y los captaban, eso era todo.

Brett podía imaginarse cómo sería su futuro a corto o medio plazo; conseguiría pagar el crédito malviviendo para que, transcurridos los cinco años, el bufete lo pusiera de patitas en la calle. Entonces dejaría de pagar y la financiera le reclamaría los importes adeudados. Le darían un plazo para conseguir otro trabajo y se le acumularían las cuotas mientras tanto. De manera que tendría que trabajar de cualquier otra cosa y olvidarse del derecho una temporada. Volvería a malvivir. Pasarían los años y, entonces, se transformaría en una de esas miles de personas que habían estudiado derecho pero que trabajaban de administrativos o de barrenderos, según la suerte propia de la persona. Endeudados y con una carrera que tan solo les servía para decorar el currículum y poco más. Pensó que, incluso, terminaría ocultándolo en su currículum. ¿Qué cadena de comida rápida querría un camarero que hubiera estudiado derecho entre sus filas de empleados? Ninguna. Que un trabajador conociera sus derechos no le interesaba a ninguna empresa explotadora.

Meditando en todos aquellos asuntos, la vio. Era la chica de los labios

azules, la que dibujaba lunas en la cafetería. Su vecina. Paseaba por la acera de en frente al bufete y parecía sentirse un poco desorientada. Pensó que en eso, quizás, Colin si hubiera acertado; parecía un bicho raro. La siguió con la mirada, curioso, hasta que la vio entrar en el edificio de empresas que tenía delante de él. Al igual que el suyo, cada planta — o parte de la planta — se destinada a la sede de una empresa.

— ¿Brett? — lo llamó la encargada, obligándolo a regresar a la realidad.

Se giró hacia ella.

— Termina con las fotocopias, son urgentes.

Él, armándose de paciencia, asintió.

5

Amanda se sentía extraña.

No se entretuvo demasiado en el lugar del accidente — debía llamarlo de alguna manera y decir en el lugar de “la muerte” le resultaba demasiado siniestro — , pero aún así, tampoco se apresuró por marcharse de allí. Desde que trabajaba en la editorial, era la primera vez que llegaba tarde. Y pensaba, al menos desde su más humilde opinión, que la razón estaba más que justificada.

Cuando llegó a su edificio fue consciente, por primera vez, de que había perdido los manuscritos. Ver al anciano apagarse delante de ella había sido demasiado aturdidor y ni siquiera se había molestado en recogerlo.

“No pasa nada, Mady”, se dijo a sí misma, “no pasa absolutamente nada”.

Era algo normal, ¿verdad? La gente se moría. Y ese pobre señor ya había vivido lo suficiente como para dejar atrás el mundo; había sido padre, esposo y abuelo. Una vida completa y un ciclo cerrado. Pero había sido la primera vez que veía cómo la vida se extinguía en una mirada de otro ser humano, y eso marcaba. Marcaba mucho.

Subió andando. Siempre cogía el ascensor — más aún en horas poco concurridas como aquella — , pero aquella mañana decidió caminar. Se preguntó, mientras subía por las escaleras de emergencia, si debía llamar a Donna para contarle lo que había sucedido. Decidió que no. Donna se preocupaba con demasiada rapidez y odiaba sobresaltarla sin necesidad alguna.

— ¿Amanda? — la llamo Dallas nada más cruzar la puerta.

Ella tragó saliva y, en lugar de responder, asintió. Esperaba que la reprimenda fuera fugaz y que le permitiera ocupar con rapidez

su mesa de trabajo.

— ¿Has visto la hora qué es? — preguntó él, fingiendo cierto enfado.

La verdad es que no solía enfadarse y, cuando lo hacía, le quedaba brusco y exagerado. Dallas era un explotador; intentaba aprovecharse de sus empleados y exprimirlos lo máximo posible. Pero, en ámbitos generales, no era mal tío.

Amanda agachó la cabeza y evitó mirarlo directamente a los ojos, aún sin responder.

— Que sea la última vez que llegas tarde, ¿bien?

Con un leve movimiento de cabeza, asintió.

Se encaminó hasta su mesa y se sentó en la silla mientras las miradas de todos los presentes se clavaban en ella. Las mesas no contaban con ningún tipo de intimidad; estaban colocadas una al lado de la otra, contiguas. A Amanda solía recordarle la distribución que tenía su aula de preescolar.

Suspiró hondo y sopesó las opciones con las que contaba; había llegado tarde y sin los manuscritos. Tampoco podía sacar copias y empezar de cero, ya que eran originales. Esos manuscritos habían sido aceptados por la editorial y traspasados a Amanda para una primera revisión ortotipográfica antes de que los encargados tomaran una decisión respecto a ellas. La mayoría de la gente enviaba sus documentos por email, pero aún quedaban algunos anticuados que preferían usar los métodos más tradicionales. De manera que eran copias únicas. Después, si se decidían publicar, se enviaban a otro departamento para ser sometidas a más exámenes. Y cuando terminaban de pulirla, una vez más, regresaban a Amanda o a algún otro empleado similar para que este los transcribiera en un ordenador. Era un trabajo de chinos.

El problema era más que evidente; tenía que hacerle saber a su jefe que había perdido los manuscritos. Era un error grave. No, peor aún. Era un error gravísimo. Los manuscritos que la editorial no se comprometía a publicar debían ser destruidos en un plazo de quince días. Y ese compromiso, evidentemente, no llegaría a cumplirse jamás. Además, ¿y si había dejado escapar una joya literaria entre aquellos documentos?

— Oye, Mady.

Amanda levantó la cabeza esperando encontrar a Berta frente a su mesa.

En efecto, así fue. Solo dos personas la llamaban Mady. Bueno, tres si se contaba a ella misma.

— Hola, Berta — saludó, dedicándole una breve sonrisa.

Tenía tantas preocupaciones en su cabeza que le costaba fingir o actuar correctamente. Lo único que quería era quedarse sola y buscar una solución.

— ¿Estás bien? Sé que has llegado tarde y... tienes mala cara.

Berta no era, precisamente, una amiga. Solo era una compañera de trabajo que, desde el principio, se había comportado de forma agradable con ella. Decidió que, si a alguien podía confesarle la verdad, debía de ser a ella.

— La verdad es que... He perdido todos los documentos que Dallas me entregó y ahora no...

— ¡Espera! — interrumpió ella, sentándose junto a Amanda de forma alarmada con los ojos muy abiertos — . ¿Los has perdido?

La joven sacudió la cabeza de forma brusca.

— Sí, los he perdido.

— Eso sí es un problema grave — corroboró Berta — . ¿Cómo los has perdido?

Amanda suspiró.

— Un hombre se ha muerto frente a mí.

Su compañera pestañeó varias veces y, confusa, escrutó a Amanda. La chica, entonces, fue consciente de que quizás su explicación podía resultar demasiado perturbadora si no aportaba más datos al respecto.

— Viajaba conmigo en el autobús y no le conocía. Se ha puesto a hablar conmigo un rato y, cuando se ha bajado, se ha desplomado en el suelo.

— ¡Y has perdido los manuscritos cuando has ido a ayudarle! — gritó Berta, tapándose la boca con ambas manos — . ¡Dios Santo, Mady! ¡Ha debido de ser horrible! ¿Cómo ha muerto?

Amanda pensó que esa última pregunta era realmente absurda.
“¿Qué cómo ha muerto? Pues muriéndose”.

— No lo sé — respondió en cambio, intentando ser agradable — , me

marché antes de que llegasen los sanitarios.

Berta sacudió la cabeza de forma exagerada y tragó saliva.

— Le contaré a Dallas lo que te ha pasado y le pediré que te deje marcharte a casa. Tiene que haber sido horrible, Mady...

La joven no supo qué responder.

No quería irse a casa, pero pensó que el día estaba resultando lo suficiente demoledor como para sumarle posibles nuevos accidentes que soportar. Se había despertado con el pie izquierdo y, lo mejor que podía hacer, era irse a su casa, meterse en la cama y dormir hasta la siguiente mañana.

— Gracias, Berta — respondió con sinceridad.

6

— ¡Eh, Brett! — saludó Colin, acercándose a la máquina de fotocopias — . He odio que te han dado un caso... — señaló, sonriendo de forma pícara — . Felicidades, tío.

— En realidad, no. Solo era una multa, no llegaremos ni a una vista.

Colin dibujó una mueca de desagrado y se sentó en la silla que había junto a la fotocopidora. No solían tener demasiado tiempo libre, pero disponía de algunos minutos para charlar y decidió visitar a su amigo. Había escuchado que habían reunido a Brett con un cliente y había tenido la esperanza de que el asunto resultase de cierto peso. Algunas veces algún becario resultaba afortunado y le tocaba llevar el caso que su bufete había calificado como “sin importancia” cuando, en realidad, la tenía. Ciertamente era que no solía ocurrir muy a menudo, pero a veces pasaba. Todo el mundo conocía la historia de Stephen, uno de los socios que había ascendido a un despacho desde la fotocopidora. El bufete le encargó revisar un caso de negligencia médica que, en principio, no llevaba a ninguna salida. Al final, terminaron encontrándose con una demanda colectiva y un caso grave de negligencia a un hospital privado. El bufete ganó más de cincuenta millones con el asunto y Stephen demostró que, a pesar de su escasa experiencia, sabía defenderse bien. Lo hicieron socio junior aquel mismo año.

Colin tenía la esperanza de que pudiera ocurrirles algo así. Aunque en realidad sabía que aquello era casi tan complicado como que les tocara la lotería.

— Bueno, ya llegará...

Brett suspiró hondo y se masajeó las sienes. Volvía a tener aquel extraño presentimiento que le gritaba a voces que, ahí, estaba perdiendo el tiempo. Permanecer como becario en aquel bufete tan solo

conllevaría a cavar su propia tumba antes de tiempo.

— Creo que no, Colin — murmuró —, creo que es mejor que seamos sinceros con nosotros mismos. No llegará. Estamos jodidos y eso es lo que hay.

El chaval miró a su amigo.

Se percató de que unas marcadas arrugas dibujaban el contorno de los ojos de Brett, haciéndole parecer unos cuantos años mayor de lo que era. Aunque, en realidad, ya no eran dos jovenzuelos. La mayoría de las personas, con su edad, ya había conseguido un trabajo estable y se había hipotecado. Una mujer guapa, un par de hijos... Ellos iban con retraso en aquella sociedad.

— Venga, hombre...

— Nos estamos dejando la piel en esta mierda de sitio y no obtendremos nada a cambio.

— Hay que pensar con positividad, Brett. Mientras estemos aquí la financiera no nos pedirá el total de las cuotas y nos permitirá un plan de refinanciación para nuestros créditos.

Colin lo tenía más fácil que él; no sólo por la ayuda económica de sus padres. Si no porque, además, su deuda ascendía a una cifra casi ridícula: cien mil dólares. Sí, resultaba ridícula comparándola con la deuda de casi medio millón que Brett había adquirido para poder colegiarse. Y eso, aprobando a la primera el examen del colegio de abogados, claro.

— ¡A la mierda! — respondió, golpeando con el puño la tapa de la fotocopiadora.

Colin, alarmado, saltó de la silla y persiguió a su amigo hasta la puerta del sótano.

— ¡A dónde vas?

— Me marcho a casa. Dimíto. ¡Paso!

— ¡Eh, Brett! ¡No hagas ninguna locura, tío! ¡Piénsatelo!

Se detuvo unos instantes, obediente, pero después decidió que no había demasiado que pensar. O conseguía otro empleo o cambiaba de país con rapidez. Era las dos únicas vías de escape que consideraba factibles después de meditar profundamente sobre su situación.

— Mira... — continuó Colin, apoyando la mano sobre la espalda de su amigo — , vete a casa. Relájate. Piénsate las cosas. Yo les diré que te has puesto a vomitar y que has tenido que marcharte... Te cubriré.

Brett suspiró hondo.

Lo último que le apetecía en esos momentos era discutir con el testarudo de su amigo. Sabía que Colin lo decía por su bien, pero también sabía que su amigo contaba con un par de neuronas menos que él.

— Lo pensaré — respondió, justo antes de abandonar la habitación.

Con el corazón acelerado por lo repentino de su decisión, se dirigió a las escaleras de incendios para abandonar el bufete por la parte trasera y no ser visto. Se detuvo en la ventana del pasillo, la abrió de par en par y sacó la cabeza al exterior. El frío de enero le sacudió la piel con fuerza, cosa que Brett agradeció. Cerró los ojos, aspiró y suspiró hondo, y después los abrió. Su pulso había vuelto a estabilizarse cuando su mirada chocó con la chica de los labios azules. Otra vez. La vio esperando la parada de autobús. Sin quererlo, se quedó allí plantado varios minutos, contemplándola. Resultaba curiosa, demasiado curiosa. Y quizás, incluso, interesante. A Brett siempre le habían gustado las personas que no tenían miedo de ser quienes realmente querían ser. Unos segundos después, el autobús se detuvo frente a la parada, camuflando a la chica tras su panel publicitario. Cuando retomó la marcha, la joven ya no estaba.

Se había marchado en él.

Solamente eran las diez de la mañana de aquel largo día. Largo y agotador. Amanda se sentía realmente exhausta. Llegar tarde, soportar a Donna la noche anterior, el hombre del autobús... Demasiadas cosas irrumpiendo en su casi imperturbable rutina diaria.

Se dejó caer en el sofá, sin siquiera quitarse la chaqueta o los zapatos. Luna saltó a su lado y comenzó a lamerle el rostro mientras ronroneaba y se acurrucaba junto a ella.

— Yo también te he echado de menos, Lunita... — susurró en voz baja.

Levantó un brazo para acariciar a su gata y sintió su extremidad pesada. Estaba débil. Pensó que, quizás, debía de comer algo para recuperar fuerzas. Abrió los ojos, se incorporó en el sofá mientras Luna se acurrucaba en su regazo y llenó sus pulmones de aire.

Al principio no fue consciente de que él estaba frente a ella. Simplemente, su mente lo ignoró. A fin de cuentas, era imposible que él estuviera allí, ¿verdad? Tenía que ser producto de su desbordante imaginación, claro. Y Amanda era lo suficiente inteligente para diferenciar sus propias alucinaciones de la realidad. Pero tras varios segundos y tras comprobar que aquella proyección no desaparecía, comenzó a alterarse.

— No puede ser... — se dijo, cerrando los ojos con fuerza, como si así pudiera hacerlo desaparecer — . Diez, nueve, ocho, siete, seis...

Las cuentas atrás siempre le habían resultado una buena opción cuando intentaba tranquilizarse a sí misma.

— ..., cinco, cuatro, tres...

Abrió los ojos.
Él seguía frente a ella.

Se percató de que sus ojos azules verdosos o verdes azulados ya no tenían el mismo brillo que aquella mañana en el autobús. Pero tampoco se habían apagado del todo.

— No puede ser — repitió, mordiéndose con fuerza el labio inferior.

Aquello era otra táctica que utilizaba cuando su imaginación le jugaba una mala pasada. Era, algo parecido, a lo que la gente pretendía al pellizcarse en un brazo. Ella se mordía el labio hasta hacerse sangre o hasta despertarse del sueño.

El sabor a sangre alcanzó su paladar. Mala señal.

— No eres real... — le dijo en voz alta.

Se percató de que Luna también miraba al anciano.
“¡No puede ser!”, se dijo a sí misma, alarmada.

Si Luna también podía verle, entonces...

— Hola de nuevo, Amanda.

Inevitablemente, saltó por el sofá asustada hasta caer en la parte trasera del mismo. ¡Estaba vivo! ¡Estaba vivo y en su apartamento!
Su pulso se desbocó. Aquello que estaba ocurriendo no podía ser verdad.

— Tú... — murmuró, confusa, mientras lo miraba con los ojos como platos. El anciano estaba de pie, junto a la ventana de su piso. Sonreía de forma cálida, al igual que lo había hecho aquella misma mañana en el autobús — , tú estás muerto.

Él tardó unos segundos de más en responder.

— Me ha costado encontrarte — dijo, obviando la afirmación que la chica acababa de hacerle — . ¿Alguna vez has pensado que deberías mudarte a una zona más céntrica? — preguntó, lanzando otra mirada al exterior a través de la ventana del cristal — . Además, estas zonas tan solitarias no son nada seguras para una joven como tú.

Su corazón latía con tanta fuerza que Amanda pensó que, de un momento a otro, se le saldría por los oídos. Se apresuró a coger su teléfono móvil del bolso; le temblaban las manos. El anciano parecía inofensivo, pero que se hubiera colado en su apartamento indicaba que su cabeza no regía demasiado bien. Además, aquello no tenía ningún sentido. Con el pulso tembloroso y

descontrolado, marcó el número de Donna esperando que, quizás, ella pudiera acudir en su ayuda. Los tonos comenzaron a sonar a través del auricular mientras, el anciano, la seguía observando con el ceño fruncido.

— ¿A quién llamas? — inquirió él — . ¿No será por mí, verdad?

Entonces, cayó en la cuenta.

“Donna”. Todo debía de ser una broma de Donna.

¿Qué otra explicación había, si no? Eso o, de una vez por todas, había terminado perdiendo la cabeza por completo. Los tonos se extinguieron sin que su hermana diera señales de vida. Miró al anciano, examinándolo de arriba abajo con rapidez.

— ¿Qué quieres de mí?

Él volvió a sonreír cálidamente.

— Necesito tu ayuda. Por eso te he buscado.

“Tiene que ser una broma de Donna”, se repitió a sí misma. Aunque en realidad ni siquiera sabía qué pensar.

— ¿Qué quieres? — preguntó, intentando controlarse y no perder los nervios.

— Ya te lo he dicho, tu ayuda — repitió el hombre.

Amanda se percató de que su rostro transmitía una sabiduría que, hasta entonces, jamás había visto en nadie. Era como si los años de la vida le hubieran proporcionado conocimientos que únicamente quien había pasado por muchas situaciones podría adquirir.

— Quiero que te vayas — le dijo con convicción.

Su voz no titubeó.

Su petición fue seria y concisa. Unas instrucciones claras y sencillas.

— Quiero que te vayas ahora mismo — repitió.

Luna, que seguía en el sofá, saltó con agilidad al suelo y caminó con pasos elegantes hasta el anciano del autobús que ahora tenía en su casa. Sintió un impulso de gritar, pero se contuvo. A Luna no parecía disgustarle la presencia de aquel hombre y eso, de algún modo, también resultaba algo tranquilizador. Si de algo se podía fiar Amanda, era del instinto de los animales.

— No puedo marcharme, Amanda. Ya te he dicho que necesito tu ayuda — dijo el anciano, cuya voz temblaba levemente por los estragos de la edad.

El hombre dio un paso firme hacia ella y, la joven, asustada, retrocedió contra la pared.

— No te muevas — dijo, señalándole fijamente con el dedo índice.

Él frunció el ceño.

— Vale... No me muevo.

Amanda no sabía qué hacer.

Jamás hasta entonces se había visto en una situación similar a aquella.

Su mente volvió a proyectar el momento en el que, aquella misma mañana, aquel mismo hombre se había desplomado inerte frente a ella. Era increíble que estuviese vivo. Y aunque los sanitarios le hubieran reanimado, resultaba alarmante que se hubiera escapado del hospital para encerrarse en el piso de una chica con la que tan solo había intercambiado cuatro palabras en un periodo de tiempo muy breve.

Con la espalda pegada a la pared y sin dejar de señalar al anciano con su dedo índice, caminó lateralmente cruzando la habitación hasta llegar a la puerta de salida. El anciano dio un paso más al frente.

— ¡No te muevas! — gritó.

Se dio cuenta, por el tono de su voz, de que estaba histérica. También se percató de que tanto Luna como el hombre extraño la escrutaban con el ceño fruncido, como si ella estuviera loca y no fueran capaces de comprender su reacción.

De alguna manera, se sintió un poco traicionada por Luna. “Traidora”, pensó, aunque en realidad no podía guardarle ningún rencor a su querida gatita.

Abrió la puerta de la calle y, sin pensárselo dos veces, salió al exterior. Respiró y aspiró varias veces, calmándose. Después, asomó la cabeza para comprobar que todo seguía como debía.

El anciano no se había movido de su posición — lo que no sabía si era algo bueno o malo — y Luna, cariñosa, se enroscaba entre sus pies de forma mimosa y amistosa.

“Traidora”, volvió a pensar, mientras su pulso se normalizaba.

Volvió a asomar la cabeza y los miró. Ambos la miraban como si la extraña fuera ella y quizás, en otra situación un tanto menos trastornante, aquella estampa le hubiese provocado una sonrisa. Y una carcajada, quizás.

— Venga, ahora, vete — dijo, dirigiéndose al anciano.

El hombre, con una serenidad inquietante, negó con la cabeza.

— ¿No? — repitió Amanda, sin poder creerse que aquella escena estuviera teniendo lugar de verdad.

Quizás debía morderse el labio con más fuerza. Tenía que estar soñando.

— No — respondió el anciano, aún dedicándole una sonrisa — . Ya te he dicho que necesito tu ayuda.

Amanda notó cómo, nuevamente, su pulso volvía acelerarse. Era demasiado joven para sufrir un infarto, aunque sospechaba que en cualquier momento podía ocurrir.

Cogió aire y, al igual que solía hacer cuando algo escapaba a su control, decidió valorar las opciones que tenía a su disposición: llamar a la policía, volver a llamar a su hermana, entrar y sacar al anciano a la fuerza o esperar pacientemente a que aquel hombre recobrase el juicio y decidiera salir de su apartamento por voluntad propia.

— Joder... — murmuró de forma inconsciente.

Era la primera vez que decía una palabrota en voz alta.

8

Brett se quedó plantado frente a su puerta con la llave sujeta en la mano. Estaba a punto de abrir cuando la vio allí, sentada, en el rellano. Tenía la cabeza hundida entre sus piernas, de manera que no podía saber si estaba llorando o no. Además, la puerta de su piso estaba abierta de par en par, lo que no resultaba muy tranquilizador.

Era la chica de los labios azules.

— ¿Estás bien? — preguntó con un tono de voz alarmado.

Ella no respondió, así que Brett optó por acercarse unos pasos hasta donde se encontraba sentada.

— Cuarenta y nueve, cuarenta y ocho, cuarenta y siete...

¿Estaba haciendo una cuenta atrás?

De forma inconsciente, intentó echar un vistazo al interior del piso. Dada la distancia a la que se encontraba no podía ver mucho, pero tampoco parecía estar ocurriendo nada extraño en el interior. Lo que, obviamente, resultaba tranquilizador.

— Ey, oye, ¿te encuentras bien? — repitió, más cerca de la joven.

Ella levantó la cabeza y se quedó mirándole.

A pesar de que trabajaban el uno frente al otro, de que eran vecinos y consumidores de la misma cafetería, nunca hasta aquel instante habían estado tan cerca ni habían cruzado más de una palabra. Amanda negó rotundamente con la cabeza. Sabía que el vecino abogado poco podía hacer por ella, aunque ahora mismo no contaba con un héroe mejor que él.

— ¿Qué ocurre? — inquirió Brett, desviando la mirada hacia el interior del piso.

— Hay un hombre en mi apartamento — dijo, mirándole fijamente.

Amanda se fijó en lo atractivo que resultaba el chico.

Pocas veces se permitía valorar si un hombre era guapo o no, porque sabía que entablar una relación significaba superarse a sí misma y aún no se había visto preparada para dar aquel paso. Pero su vecino, inevitable e inexplicablemente, le resultaba guapo. Quizás fuera porque llevaba el pelo rubio alborotado como un surfista, contrastando con un elegante traje de ejecutivo importante.

Sacudió la cabeza, borrando esos pensamientos. El rostro de su vecino se había torcido en una mueca espeluznante y fue consciente de que, con aquella afirmación que acababa de hacer, había alarmado más de lo necesario al chico.

— Es un anciano, no parece peligroso... Pero no quiere marcharse.

— ¿Un anciano? — repitió Brett, contrariado. Se quedó callado unos instantes, pensando en cómo actuar — . Vale, ven conmigo — dijo, tendiéndole una mano a la joven — , apártate de la puerta.

Amanda lo miró fijamente y dudó.

Al final aceptó su ayuda y agarró su mano. Eso hacía que su burbuja personal quedase totalmente anulada, pero no le importó. Él la ayudó a levantarse y le indicó, con un breve gesto, que se alejase al fondo del pasillo.

— ¿Has llamado a la policía?

Ella negó con la cabeza.

— No parece peligroso — repitió — . Creo que está desorientado, nada más. Tiene alzhéimer.

Brett volvió a asentir.

— Quédate aquí, ¿vale? — murmuró en voz baja — . Hablaré con él y le pediré que salga de tu piso.

Ella, agradecida y aliviada por delegar su problema en otra persona, se apartó.

O era una malvada broma de la graciosa de Donna, o bien aquel pobre hombre estaba tan confuso y desorientado como parecía. Pensó que, seguramente, se habría escapado de una residencia para personas de la tercera

edad.

Amanda esperó pacientemente.

Se preguntó cómo se las apañaría el vecino para sacar al anciano de su apartamento sin emplear la violencia. Guardó silencio y se esforzó por escuchar algún sonido del interior del piso, pero no llegó a oír nada.

Unos segundos después, empezó a llover. Observó las primeras gotas arrastrándose por el cristal de la ventana del rellano. Se distrajo con ellas y perdió, por unos momentos, la noción del tiempo.

— Ey — la llamó el joven, saliendo de su apartamento con una sonrisa y con Luna en brazos — , aquí dentro no hay nadie. Solo he encontrado a este animalito.

Ella se quedó muda.

Y si ahí adentro no había nadie... ¿Dónde diablos se había metido el anciano?

— Puede que se te haya colado en casa y que te haya asustado — señaló Brett, intentando encontrar una explicación lógica.

— ¡Oh, no! — exclamó — , Luna es mi gatita.

Brett frunció el ceño.

— Pues ahí dentro no hay nadie, de verdad. Puedes volver tranquila — aseguró con una sonrisa, dejando al animal de vuelta en el suelo — . Lo he registrado de arriba abajo y no hay rastro de ningún anciano desorientado.

La joven, un tanto confusa, asintió. Pensó que, en aquellos instantes, la que estaba desorientada era ella.

— ¿Has mirado los armarios?

Quizás se hubiera escondido.

— Sí. Los he revisado.

Amanda se acercó a Luna y la aupó entre sus brazos.

Brett no pasó por alto que el habitual gesto pacífico y tranquilo de la chica de los labios azules ahora había pasado a ser desosegado. Parecía realmente agobiada por la situación.

— Te acompañaré dentro, para que te quedes más tranquila — dijo, procurando ser amable.

Ella, por primera vez en mucho tiempo, sonrió agradecida.

Caminó detrás de su vecino con el paso lento y ambos cruzaron el umbral para adentrarse en su piso.

— Me llamo Brett — se presentó él, intentando relajar la tensión que reflejaba la chica.

Pero ella no respondió.

Se había quedado quieta en el umbral, mirando fijamente su salón. Brett también observó a su alrededor, comprobando que todo se encontrase en calma.

— ¡Ves! — exclamó — . Está todo en orden...

Entonces, Amanda lo comprendió todo. De una vez por todas, se había terminado de volver loca. ¿Qué otra explicación podía haber a que, justo al lado de Brett, el anciano sonriese de forma divertida? Sentado en el sofá, sereno y expectante a los acontecimientos. Como si les estuviera gastando a ambos una divertida broma y esperase para comprobar el resultado final de la misma.

— No puede verme, Amanda. Ni siquiera puede oírme.

Una vez más, su corazón comenzó a latir con fuerza.

Muy bien. Estaba loca. Eso ya era una realidad.

— Por cierto, he visto tus dibujos — dijo Brett, que aún estaba esforzándose por tranquilizarla — , me encantan tus lunas. Son preciosas — admitió — . Lo que no entiendo es por qué las llamas “lunas de gato”.

Amanda pensó que, de un momento a otro, se desmayaría allí mismo. Que estuviera a punto de sufrir un infarto cada vez parecía tener más sentido. Quizás alguna de sus conexiones neuronales hubiera sufrido un pequeño cortocircuito. Quizás la muerte de aquel hombre le hubiera traumatizado en exceso; más de lo que había imaginado en un primer momento.

— Me gusta — murmuró el anciano, señalando a Brett — , parece un buen chico. Deberías esforzarte por ser un poco más agradable con él, Amanda. Al igual que esta mañana, vuelvo a repetirte que la soledad no es una cualidad con la que el ser humano pueda coexistir.

Notó un cosquilleo recorrer su brazo izquierdo. Otro claro indicativo de

que, de un momento a otro, sufriría un infarto, ¿no? Pensó que, si iba a desplomarse y a echar espuma por la boca, lo mejor era quedarse a solas y no alterar más el curso de vidas ajenas.

— Lo siento, Brett, pero tienes que marcharte — cortó de forma brusca con la voz muy temblorosa — , tengo que llamar a mi hermana para decirle que todo está... bien — mintió, procurando que su explicación sonase convincente — . Estará muy preocupada...

— Claro — dijo él, mirándola de hito a hito.

Brett cruzó el salón y, tras un breve “adiós”, salió del piso de la chica de los labios azules. Se percató de que aún no sabía cómo se llamaba y de que, además, no parecía muy tranquila ni convencida de quedarse segura en el piso. Sopesó si debía llamar a las autoridades para que echasen un vistazo pero finalmente comprendió que Colin debía estar en lo cierto. Sí, aquella joven era un bicho raro.

Además, su día ya se había presentado con suficientes complicaciones que resolver como para sumar las que no le pertenecían a él a la lista.

Algo incómodo, se alejó de allí para regresar a su hogar mientras se repetía a sí mismo que allí adentro no había nadie y que podía quedarse tranquilo. Fuera lo que fuese que había pasado, aquel piso se encontraba en calma.

Estaba seguro de ello.

9

Amanda se acercó a la ventana, invirtiendo los papeles que hacia un rato ambos habían tenido. Él, divertido, estaba sentado en el sofá. Ella, desconcertada, estaba junto al cristal, observando la pacífica calle de su barrio y las gotas de lluvia que golpeaban el alféizar.

— Aún no te he dicho cómo me llamo — dijo el anciano.

Ella negó.

— No lo quiero saber. Déjalo.

Hablar con él empezaba a no resultar tan inquietante. Y eso, en efecto, sí que podía ser preocupante. ¿Estaba hablando consigo misma?

— ¿Por qué? — preguntó, sin comprender.

Luna parecía encantada con el hombre.

— Porque no quiero ponerle nombre a una imaginación.

El anciano soltó una carcajada, aún más divertido con la situación.

— En primer lugar, no soy una imaginación. En segundo lugar, el nombre me lo puso mi madre. Y eso será inamovible por muchas veces que me muera.

Amanda abrió los ojos y lo observó fijamente.

No podía ser un fantasma. Evidentemente, era una cruel proyección de su mente. Una mala jugada de su imaginación. Seguramente, lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias era coger cita con un terapeuta lo antes posible. Quizás, después de todo, terminasen internándola en un psiquiátrico.

— He venido a verte porque necesito tu ayuda, Amanda — repitió él, esta vez con más seriedad — . Si me ayudas, me marcharé. De verdad.

— Has salido de mi cabeza. No vas a marcharte porque hable contigo.

Esto es... — murmuró, cerrando los ojos con fuerza — , esto es... ridículo.

— Te digo que lo único que necesito es tu ayuda, por favor — suplicó con desesperación, sin dejar rastro de la diversión que había mostrado instantes atrás — . Me llamo Craig.

Lo pensó unos instantes.

Si aquel hombre era producto de su imaginación y había aparecido por el trauma de haberlo visto morir, quizás solo necesitaba convencerse de que podía dejarle marchar para que las visiones desaparecieran. Sonaba descabellado, pero de algún modo, tenía sentido.

— ¿Qué es lo que quieres?

Él, satisfecho, sonrió.

— Siéntate a mi lado y te lo contaré todo.

Amanda le escrutó.

Vestía una gabardina beige, como en las películas antiguas que daban en la televisión los sábados de madrugada y que eran en blanco y negro. Si no hubiera sido por su vejez y su reflejo del cansancio por el paso de los años, hubiera parecido un detective dispuesto a pasar a la acción. Tenía poco pelo y, el que conservaba, era blanco y débil. Parecía una persona dulce, aunque Amanda pensaba que eso nunca podía saberse de un simple vistazo.

Algo confusa, pero con la tranquilidad de que una alucinación no podía abalanzarse sobre ella para intentar asfixiarla, recorrió el salón y se sentó junto al anciano. Luna, feliz, se tumbó entre ambos.

— ¿Qué vas a contarme?

Craig sonrió, convencido de que poco a poco comenzaba a ganarse la confianza de la chica.

— Voy a contarte mi historia — explicó, fijando su mirada en un punto perdido de la lejanía — , no voy a entrar en detalles, pero voy a explicarte qué es lo que me ha pasado y como he terminado aquí.

— Adelante, Craig... — susurró ella en voz baja — , explícate.

No podía evitar sentirse sumamente ridícula por estar hablando con una imaginación. Se imaginó a Donna presenciando aquello y supuso que, en ese caso, incluso su propia hermana la encerraría en un centro con una camisa de

fuerza de por medio.

— Me casé con veintitrés años. De eso hace muchísimo, como podrás comprobar — dijo, guiñándole un ojo — . Tuve una vida normal. Ya sabes, tres hijos preciosos, dos varones y una niña. Los quise con locura. En realidad, tanto yo como Rosa los quisimos con locura. Les dimos todo, y aunque descubrimos tarde que malcriarlos no era lo mismo que educarlos, siempre nos hemos sentidos orgullosos de las personas en las que se convirtieron al crecer. Hace siete años murió mi esposa, Rosa, de un derrame cerebral.

Craig hizo una pausa.

Hablaba con voz temblorosa y Amanda no pudo evitar pensar que aquella alucinación suya expresaba dolor de una forma increíblemente real.

— Yo no fui consciente de ello — continuó Craig, con el labio titilante — , no me di cuenta de que murió. Por aquel entonces mi enfermedad ya estaba muy avanzada. Alzheimer. Hace quince años que empecé a padecerla, aunque los primeros años no fueron tan malos — dijo, frotándose las manos con impaciencia — . Me di cuenta cuando los despistes fueron demasiados. Perdía dinero, me desorientaba o no recordaba dónde vivía. En una ocasión, intentando regresar a casa, terminé en el apartamento en el que Rosa y yo habíamos vivido de alquiler antes de casarnos. Era un piso diminuto con solo un salón-cocina y un dormitorio sin ventana. No tenía ni treinta metros cuadrados, ¿sabes? Pero eso no era lo importante. Cuando uno está enamorado no piensa en dónde está, si no en con quién está.

— Ya... — murmuró Amanda, aún sin hacerse una idea de dónde quería llegar a parar el anciano con aquella historia.

— Intenté forzar la puerta para entrar, porque también había perdido las llaves, y después de ese error terminé en comisaría — explicó, risueño al recordar aquella parte del relato — . Ahora me hace gracia, porque ya estoy muerto, pero entonces no me gustó ni un pelo.

— Lo puedo imaginar... — aseguró Amanda, quien tenía pánico a la policía.

Sabía que estaban para ayudar a la gente, pero aún así no podía evitar pensar que algunas veces actuaban de forma poco imparcial. Seguramente, si la vieran de aquella manera, hablando consigo misma, la encerrarían en

prisión por demencia y paranoia.

— Entonces fue cuando el médico me realizó las pruebas y me detectaron demencia senil. Alzheimer. Una enfermedad degenerativa que amenazaba por arrastrarme al olvido. Y así fue — recordó con amargura —. Terminé olvidando a mis hijos, a mi mujer y toda la vida que con tanto esfuerzo había construido. Rosa me cuidó hasta que soltó su último aliento, pero cuando ella murió, todo estuvo perdido para mí — continuó con el tono de voz afligido. Hablaba con la voz temblorosa y con un nudo en la garganta —, pero yo no era consciente de nada porque estaba sumido en una profunda niebla blanca. Hasta hoy.

— Ya, eso ya me lo ha dicho en el autobús — señaló —, hoy lo ha recordado todo.

— Así es. He recordado aquellos años, la muerte de mi esposa y los monstruos en los que se han transformado mis hijos. He visto la maldad que tienen, los tres. Y lo codiciosos que son — continuó. Amanda, para entonces prestaba atención a cada palabra que decía. No le importaba si se trataba de una alucinación o no, porque lo que le estaba contando conseguía atrapar su curiosidad —. Vi cómo poco a poco se lo llevaron todo. Vaciaron la casa y se llevaron las joyas. Al principio eran disimulados, pero según mi ausencia fue pronunciándose, su descaró también. Se peleaban entre ellos por objetos que me pertenecían, como si hacía tiempo que yo me hubiera muerto. No les importó mi sufrimiento y, después de internarme en la residencia, tampoco se volvieron a interesar por mí. De vez en cuando acudían a visitarme, pero sospecho que era una forma de mitigar los remordimientos que los carcomían por las noches. Y me alegro de que lo hicieran; porque en esas visitas conocí a mis nietos. He visto en mis recuerdos la bondad que tienen y la inocencia que aún no han perdido y... Esa es la razón por la que estoy aquí.

— ¿Por la bondad de tus nietos?

— Eso es. No puedo marcharme en paz sin saber que he subsanado el error que cometí con mis hijos. Es la única manera de que pueda dejar este mundo en paz.

Amanda suspiró hondo, armándose de paciencia.

— Genial. Menuda historia me he inventado — murmuró ella, aunque se lo decía a sí misma.

Quizás podría escribir sobre ello e, incluso, dibujar las ilustraciones para un relato corto. O un cuento. Si las alucinaciones continuaban, podría llegar a escribir una novela larga.

— No te estás inventado nada, y tengo la prueba de ello. Esta madrugada, cuando me he despertado con la cabeza despejada, he escrito algo. Algo que hará recapacitar a mis hijos — explicó Craig, acariciándole de forma inconsciente la cabecita a Luna — , pero necesito que lo recuperes porque yo he llegado tarde para hacerlo. Creí que tendría más tiempo, que podría dar un paseo y recordar lo que era la libertad... Pero me equivocaba.

— Y si lo hago... ¿desaparecerás?

Craig asintió.

— Júralo.

— Si haces lo que te pido, me marcharé. Lo juro.

Sus palabras parecían solemnes y Amanda optó por pensar que, si hacía caso a su desvariante imaginación, quizá pudiera recuperar en algún momento de su vida la poca cordura que aún le quedaba.

10

Los autobuses eran horribles para Amanda, pero el metro era aún peor. Descender por la boca del túnel y adentrarse en las entrañas de la ciudad eran sinónimos de meter las narices en el mismísimo infierno.

Allí abajo hacía un calor terrible. Había muchísima gente. Los túneles que indicaban las estaciones estaban mal señalizados. El techo, que en algún momento había estado en proceso de reformarse, se había quedado a medio hacer con las bombillas colgando de cables. Allí abajo la gente caminaba con prisa y no evitaba tropezar con el resto de los viandantes. Todos parecían tener un destino al que llegar, y nadie se preocupaba por el ciudadano que tenían a su lado.

Amanda bajó las escaleras con rapidez. Evitó tocar la barandilla de ayuda, porque incluso sin hacerlo ya podía ver que estaba pegajosa y sucia. Una mujer que pedía dinero y que olía a putrefacción se abalanzó sobre ella y la sujetó del abrigo.

— ¡Un poco de dinero! ¡Para comer, por favor!

Amanda, saturada, se metió las manos en el bolsillo y rebuscó hasta dar con un par de monedas. Se las tiró al suelo intentando conseguir que le soltase el abrigo y le permitiese continuar; y en efecto, así fue. Salió disparada por el túnel subterráneo. Otro vagabundo tocaba un saxofón en una esquina. Respiró hondo de nuevo, intentando concentrarse en su objetivo. Pero es que allí abajo habían demasiadas personas y el aire escaseaba, de manera que la sensación de asfixia aumentaba en cada paso que daba al frente.

— ¿Tienes miedo a los túneles? — le preguntó Craig, que caminaba a su lado. La chica prácticamente corría, dando grandes zancadas, y al pobre abuelo le costaba mantener el mismo ritmo de la joven.

Incluso estando muerto, sus articulaciones estaban cansadas y desgastadas.

— ¿No me estabas esperando en casa? — inquirió Amanda con el tono de voz histérico — ¡Déjame en paz!

Una mujer que pasaba cerca de ella se quedó mirándola de forma extraña. Al fin y al cabo, iba hablando sola.

— Tengo que guiarte hasta la residencia — señaló el anciano — , yo sé llegar sin perderme.

— Prefiero que me dejes tranquila — aseguró Amanda con desesperación — , ya me las apañaré para llegar yo solita.

Apresuró su paso para deshacerse de Craig. Fantasma o imaginación, el anciano no era capaz de seguirle el ritmo y terminó enredándose entre la muchedumbre que cambiaba de dirección en mitad del túnel.

Amanda llegó hasta su estación y se subió al primer tren que se detuvo frente a ella. Estaba hasta arriba de pasajeros, como era de esperar, así que tuvo que viajar de pie, agarrada a la barra metálica que había sobre su cabeza mientras un hombre con sobrepeso la aplastaba contra una ventana.

El trayecto duró cuarenta y cinco minutos. Durante ese periodo de tiempo, pensó que sufriría una crisis nerviosa. A lo largo de su vida había evitado a toda costa aquel tipo de situaciones. Y ahora, allí estaba. De pie, respirando el sudor del hombre que tenía encima mientras seguía las instrucciones de un anciano que había creado su imaginación.

¿Qué pensaba hacer cuando llegase a la residencia? Preguntaría por Craig. Si resultaba que el anciano no existía, entonces todo quedaría resuelto y su alucinación no tendría más opciones que desaparecer. Si le obligaba a ver a su mente que todo era irreal, recuperaría la cordura y aquella absurda proyección desaparecería.

Alcanzó la parada que el anciano le había indicado y se bajó del tren. Alcanzar la salida del túnel para salir a la superficie resultó tan tortuoso como lo había sido al entrar, pero al final lo consiguió.

Después de coger una gran bocana de aire, se dejó caer en un banco cercano con la respiración acelerada. Lo único que su cabeza le repetía, una y otra vez, es que estaba loca. “Estoy loca”, pensaba, “estoy sufriendo una crisis psicótica”.

Llevaba años escuchando decir a la gente que ella formaba parte de esa clase de la sociedad que lo demás solían catalogar como “bichos raros” o

“zumbados”. Se había esforzado en repetirse a sí misma que ella era una chica normal con algún tipo de problema leve para socializarse, pero ahora veía la realidad.

— Tienes que darte prisa, Amanda.

La joven miró a su izquierda.

Craig estaba sentado a su lado. No parecía haber tenido que realizar ningún tipo de esfuerzo físico para alcanzarla.

— ¿Por qué? — respondió ella, percatándose en ese mismo instante de que, cuanto más tiempo pasaba hablando y viendo a su alucinación, más cómoda se sentía con ella.

— Porque te lo estoy pidiendo yo.

Amanda soltó una pequeña risita.

— Eres mi alucinación, ¿no? Pues entonces no puedes darme órdenes — aseguró — , aquí mando yo.

Craig, con los ojos en blanco, se desplazó unos centímetros más a la izquierda para quedar más cerca de ella. La llovizna había vuelto a comenzar y si no se daba prisa, terminaría empapada de pies a cabeza antes de llegar a la residencia.

— Amanda, mi familia ya debe saber que estoy muerto. Lo primero que harán será ir a la policía y, después, a mi habitación de la residencia. Si encuentran esa carta antes que tú, todo esto no habrá servido para nada.

Ella lo miró fijamente; parecía estar muy preocupado.

— ¿Para quién es esa carta? ¿Para tus hijos?

Craig negó.

— No. Es difícil de explicar... Tú solo tienes que encontrarla... — suplicó, levantándose del banco con la esperanza de que ella se pusiera en marcha — . Por favor.

Al final, decidida a terminar cuanto antes con la locura, decidió continuar. Las instrucciones para llegar a la residencia eran sencillas y el trayecto no tenía perdida ninguna. Debía recorrer dos manzanas y, después, cruzar un parque y abandonarlo por la salida noreste. Cuando la lluvia comenzó a

intensificarse, aceleró el paso hasta terminar corriendo.

— No estará... — murmuraba en voz alta, convencida de que encontraría un solar vacío cuando llegase al lugar.

Todo era, simplemente, producto de su imaginación.

— No estará... Es imposible...

Cruzó el parque con el corazón en un puño y tomó la salida correcta. Cuando llegó a la calle esperada, se encontró de bruces con un colegio infantil en el que los niños, que se hallaban en hora de recreo, jugaban y gritaban saltando por los columpios del patio.

Aliviada, suspiró. Por una parte, algo en su interior había deseado hallar la residencia y rectificar, descubrir que no era una pirada. Pero aquel resultado, por doloroso que pudiera parecer, era aún mejor; ya está. Ahora su alucinación, Craig, no tendría más remedio que desaparecer.

— ¿Amanda? Amanda, date prisa.

La joven se giró hacia la tan conocida voz. Craig, a su espalda, sonreía de forma irónica mientras señalaba otro edificio que parecía un caserón del siglo XIX. Tras él, un rótulo gigantesco decía; Residencia Anara; el hogar de tus mayores.

— No puede ser...

Con la respiración agitada, cruzó la puerta del jardín y pasó al interior. Se sorprendió al comprobar que el vallado del lugar no era de seguridad y que tampoco contaba con cerrojos. ¿Cómo iban a mantener a los dementes allí adentro si todo estaba abierto?

— No somos dementes — le recriminó Craig, caminando a su lado —, sólo somos viejos, Amanda. Tú también serás vieja algún día.

— Para eso tendré que vivir demasiado.

— Lo harás — aseguró.

Por alguna razón, Craig se le tornaba una persona sabia y respetable. Quizás fuera porque estuviera muerto o, tal vez, porque era su propia mente con la que estaba dialogando. Aún no había decidido la razón.

Agobiaba, se dijo a sí misma que ella debía haber visto anteriormente aquella residencia. Seguro que había paseado por allí con Donna en alguna ocasión y su subconsciente, de forma involuntaria, había almacenado la información para ahora sacarla a flote. Miró el paisaje que la rodeaba y pensó que era un buen lugar para pasar los últimos años de vida de una persona. Los árboles eran altos y los jardines estaban cuidados y frondosos. Todo era verde y húmedo. Divisó, no muy lejos de ella, una pareja de ancianos que paseaba muy despacito, cogidos de la mano.

— Son hermanos — explicó Craig, cuando se hallaban cerca de la puerta —, sus familias los han desterrado a este lugar, pero al menos se tienen el uno al otro.

“Desterrado”, repitió Amanda en su mente, aunque evitó hacer ningún comentario en voz alta. Sonaba ridículo. Aquel lugar podía asemejarse bastante al paraíso de la tercera edad; eran como unas vacaciones pagadas. Craig, adivinando sus pensamientos, frunció el ceño de malagana.

— Muchos de nosotros no hemos tenido la opción a escoger, Amanda. Estar aquí ha sido una imposición.

Ella, evitando una discusión, desvió el tema de conversación hacia otro punto.

— ¿Qué diré cuando entre?

Craig le guiñó un ojo de forma pícaro.

— Será sencillo. Entra, saluda a la recepcionista. Se llama Carol; sonríela y explícale que eres una amiga de la familia Sullivan. Dile que sus hijos aún están muy conmocionados por la pérdida y que has venido a recoger unos papeles que necesitas para organizar mi funeral.

Amanda, incrédula, pestañeó varias veces.

Bien, una cosa tenía clara; había perdido la cabeza por completo. Estaba loca, pero loca de verdad. Loca de remate. Necesitaría un psicólogo durante los años de vida que le quedasen por delante. Quizás, incluso, tendría que tomar medicación.

Le temblaban las manos cuando pasó al interior. Con el paso poco decidido, caminó hasta la recepción donde se encontraba la mujer de atención al público. Amanda se plantó frente al módulo y esperó a que la mujer dejase de teclear en su ordenador.

— Buenos días — saludó la recepcionista de forma amable y educada —, ¿puedo ayudarla en algo?

Era rubia, de piel pálida y rasgos regordetes.

Tenía el típico rostro agradable que derrochaba bondad y transmitía felicidad.

En cambio, la recepcionista no pensó lo mismo de Amanda. Se esforzó por sonreír, pero fue inevitable que pensase que aquella chica se había equivocado de residencia: necesitaba un loquero. Su aspecto, desde luego, dejaba mucho que desear. Estaba empapada de pies a cabeza, el pelo mojado se había adherido a su rostro y llevaba los labios pintados de azul. En general, no tenía buen aspecto. Era extraña. Y los extraños no daban ninguna confianza.

— En realidad, sí — comenzó Amanda con el tono de voz tembloroso. Seguro que la mujer terminaba llamando a la policía para pedir que la encerrasen por chiflada —. Soy amiga de la familia Sullivan — dijo, decidida a empezar por ahí y ver si debía continuar y detenerse.

La recepcionista abrió los ojos como platos.

— ¡Oh, Dios! ¡Lo siento muchísimo! — exclamó — . Nos acabamos de enterar hace un par de horas, aún seguimos conmocionados...

— Gracias — continuó Amanda, con el pulso acelerado y la respiración agitada. Algo en su cabeza le decía que aquello no podía ser real. Aquella conversación no podía estar ocurriendo de verdad — . Los hijos de Craig están muy conmocionados y me han pedido que venga a recoger unos papeles.

— ¿Unos papeles? — repitió la recepcionista, confusa.

— Unos papeles, sí. Debía de tenerlos él en la cómoda de su habitación y los necesitamos para organizar...

— Acabo de hablar con Julianne hace menos de dos horas y no me ha dicho que nadie pasaría a recoger nada.

— Julianne es mi hija — explicó Craig, que había vuelto a aparecer junto a Amanda — , dile que ha sido ella quien te ha pedido que vinieras.

La joven, que sentía que en cualquier momento terminaría desplomándose al suelo por la tensión, obedeció.

— Precisamente. Ella me ha pedido que venga a recogerlos.

La recepcionista dudó.

— Los únicos autorizados en la lista de visitas son sus hijos y... No puedo dejar entrar a su habitación a nadie más — explicó con el tono de voz afligido — . Lo siento mucho.

Amanda asintió.

— Insiste — ordenó Craig.

Ella, alterada, lo miró.

¿Pero qué pretendía aquel viejo chiflado?

Amanda no era así. Aquella conversación con la recepcionista ya había significado un gran paso para ella. Hablar con las personas, en general, nunca se le había dado bien. No podía hacerlo. Cuando hablaba con otro ser humano las palabras no le salían con fluidez y su mente se nublaba. Sentía ansiedad. Ella era una persona solitaria, así que mucho menos serviría para discutir con una desconocida.

— ¡Amanda, insiste! — gritó Craig, alterando aún más a la joven.

— Es muy importante — murmuró, con el corazón latiéndole tan fuerte dentro del pecho que pensó que, en cualquier instante, le estallaría de la tensión — . Es un momento muy delicado y...

La chica de recepción dudó.

— No puedo, de verdad... Es una normativa interna y no puedo hacer la vista gorda en algo tan importante.

— ¡Insiste más!

Le iba a explotar la cabeza.

— ¡No puedo! — gritó Amanda, desesperada, dirigiéndose a Craig.

La recepcionista pensó que se lo decía a ella. Frunció el ceño, sin comprender a qué se refería la chica.

— No voy a dejar que te marches sin ese papel, Amanda — insistió Craig, cuya vejez se había intensificado aún más con el enfado.

La joven, agobiada, se masajeó las sienes e intentó respirar hondo. Quería empezar una cuenta atrás para tranquilizarse, pero no podía hacerlo porque la curiosa recepcionista la miraba de forma extraña y tenía la sensación de que en cualquier momento descolgaría el auricular para marcar la extensión de seguridad de la residencia. Lo último que quería en aquellos instantes era que dos gorilas la sacasen arrastras del lugar.

— Cálmate y repite lo que te digo — dijo Craig, aplicando un tono de voz más dulce — . Es muy importante que presentemos ese papel a nuestros abogados.

Amanda, confusa y sin levantar la mirada del suelo, repitió.

— Es muy importante que presentemos ese papel a nuestros abogados.

La recepcionista guardó silencio unos instantes.

— Está bien, llamaré a Julianne... — aceptó finalmente, justo antes de descolgar el telefonillo de recepción.

— ¡No, no dejes que llame a mi hija!

Craig volvía a parecer histérico.

— Por favor... — comenzó a Amanda — , no hace falta que...

Para entonces la pobre chica ya se encontraba sufriendo un corto circuito mental.

— ¿Sí, Julianne? — murmuró la recepcionista.

— ¡HAZ QUE CUELGUE! — gritó Craig, totalmente fuera de control.

Sin pensárselo dos veces, Amanda se lanzó sobre el mostrador y cortó la llamada accionando el botón de colgar. La recepcionista la observó, asustada, mirándola fijamente. Sí, lo siguiente era que llamase a seguridad.

— Carol, sé que solo cumples con tu trabajo, pero Julianne está destrozada. Ahora mismo necesita tranquilidad — susurró Craig en la oreja de la joven — . Repítelo.

— Carol, Julianne está destrozada. Acaba de morir su padre y necesita tranquilidad.

La recepcionista, dubitativa, aún seguía sin tomar una decisión.

— ¿Sabes cómo me llamo? — inquirió con el ceño fruncido.

— Claro... — mintió — , venía a menudo a ver a Craig. No entiendo cómo no puedes acordarte de mí.

La mujer pensó que, si así fuera, tendría que haberla reconocido. El aspecto de aquella chica era difícil de olvidar.

— Dile que no hace falta entrar en la habitación, que solo quieres que te dé un sobre blanco que dejé en la mesilla. Está en el segundo cajón, encima de mi ropa interior.

Amanda suspiró hondo antes de repetir aquella frase.

— Carol... No hace falta que me dejes entrar en la habitación — explicó con la voz temblorosa y con muy poca seguridad en sí misma — , solamente necesito que vayas tú y me entregues el sobre blanco que Craig dejó en el segundo cajón de la mesilla. Justo encima de su ropa interior.

La mujer miró muy fijamente a la chica, pensativa.

Amanda estuvo convencida de que hacía tiempo que había perdido aquella discusión pero, finalmente, Carol asintió.

— Iré a buscarlo — dijo, saliendo del módulo.

Se quedó a solas. Bueno, en realidad, se quedó con Craig. Todo lo que estaba viviendo era una pesadilla. Una auténtica pesadilla.

Sin darse cuenta, se echó a llorar de forma desconsolada. El anciano se molestó en dedicarle algunas palabras de consuelo, pero Amanda ni siquiera le escuchó. Mientras esperaba, vio que al fondo del hall había una puerta que señalaba los servicios de mujeres y, sin pensárselo dos veces, se encaminó hasta allí. Tenía ganas de vomitar, le dolía horrores la cabeza, le temblaba el cuerpo y se sentía exhausta. Muy, muy exhausta. Jamás en su vida había tenido que pasar por algo parecido y, desde luego, no estaba preparada para hacerlo nuevamente. ¿Por qué no podía haberle sucedido aquello a otra persona normal?

Se lavó la cara y se quedó allí, encerrada, varios minutos. Volvió a morderse el labio hasta hacerse sangrar, convencida de que aquello debía de ser una pesadilla y no la realidad. Pero sangró.

Cuando salió más serena de los lavabos, Carol la recepcionista ya había regresado para ocupar su en la recepción.

— Aquí tienes — dijo, tendiéndole el sobre blanco.

Craig sonreía, orgulloso y feliz.

“¿Y ahora, qué?”, esa era la pregunta que no dejaba de repetirse, una y otra vez.

Las horas pasaban. Tenía el sobre, había regresado con él hasta su casa y en el exterior ya había oscurecido. A pesar de la promesa que Craig le había hecho, el anciano aún seguía presente y no se había marchado. Había llegado a una especie de tregua en la que ninguno de los dos hablaba ni se decía nada. Amanda estaba demasiado confusa y demasiado afectada y Craig había decidido concederle un descanso para que se tranquilizase. Mientras ella observa la lluvia a través del cristal, él rascaba la cabecita de Luna y contemplaba con curiosidad los extraños dibujos que pintaba la chica.

— ¿A qué viene lo de “luna de gato”? — inquirió Craig que, a pesar de haber decidido concederle un suspiro a la chica, no podía resistir más la curiosidad.

Ella le lanzó una mirada fugaz y, sin responderle, volvió a desviar su atención a la ventana.

— Está bien... — aceptó el anciano — . No quieres contármelo.

— Me dijiste que te marcharías — susurró con la voz afligida — , que me dejarías volver a mi vida.

— Aún no puedo marcharme, Amanda. Pero te aseguro que esto no durará demasiado.

— Si de verdad eres real, ¿por qué nadie más puede verte? — musitó, contrariada.

Craig no tenía una respuesta exacta para aquella pregunta, pero estaba convencido de una cosa; Amanda tenía un alma pura y una mente soñadora, y

quizás aquella combinación de cualidades fueran necesarias para que él estuviera allí, presente.

— Tengo una teoría — reconoció el hombre — , pero no puedo saberlo con certeza. Lo único que sí sé es que, si tú no estuvieras aquí para ayudarme, yo solo sería un pobre desgraciado vagando en un mundo en el que soy invisible. Y eso sería muy triste.

— No, no lo sería — susurró ella, aunque más bien se lo decía a sí misma.

Él no dejaba de repetir que lo último que deseaba era estar acompañado, y ella llevaba anhelando una vida entera la soledad. Que nadie se fijase en ella; ser invisible. Enfrentarse a la realidad de aquel mundo cruel e insaciable era demasiado para ella.

— Porque eres demasiado buena, Amanda. Pero, tarde o temprano, encontrarás tu sitio en el mundo. Aprenderás que no todo es blanco y negro y que la gama de grises que encuentres puede ser realmente preciosa.

A veces tenía la sensación de que Craig podía leer el pensamiento. Lo que evidenciaba, claramente, que todo era un delirio de su subconsciente.

Amanda estaba a punto de responder cuando el timbre de su casa sonó con fuerza, inundando el ambiente. Dudó. ¿Quién podía ser? No esperaba a Donna hasta la siguiente semana y, por triste que pudiera parecer a los ojos ajenos, no conocía a muchas más personas.

— ¿No vas a abrir? — inquirió Craig — . ¡Vamos, adelante! — la instó.

Al final, la muchacha claudicó.

Se dirigió hasta la puerta, arrastrando los pies. Seguramente se trataría de algún repartidor de pizza desorientado que no sabía cómo llegar hasta el punto de entrega.

Abrió sin mirar por la mirilla, pero se encontró a alguien totalmente inesperado.

— Ey, hola — saludó el recién llegado — . Soy Brett... — añadió, señalando a la puerta contigua — , ya sabes, el vecino...

Amanda, confusa, asintió.

¿Qué quería? ¿Por qué estaba ese chico en la puerta de su casa?

La crisis de ansiedad que había comenzado a padecer por culpa de Craig no

hacía otra cosa que ir en aumento.

Ya era difícil mantener una conversación con gente normal, así que con el guapo del vecino, la cosa se complicaba aún más.

Brett frunció el ceño. Esperó unos instantes, pero al ver que no obtendría ninguna respuesta por parte de la chica, continuó.

— Sólo quería comprobar que estabas bien — se explicó con una sonrisa —. No he podido evitar quedarme un tanto preocupado... Pensar que se me había podido escapar mirar en la bañera y que el intruso seguía por tu piso escondido me estaba carcomiendo la cabeza — dijo, riéndose, como si se tratase de una broma.

En realidad, él ya había sabido antes de ir a verla que en el piso no había nadie y que la chica estaba bien. Pero tenía que confesarse a sí mismo que su día estaba siendo horrible. Aún no había decidido qué hacer respecto al bufete y era incapaz de tomar una decisión correcta sin enterrarse vivo; porque, en el fondo, sabía muy bien que la decisión correcta no existía. Fuera cual fuese, su destino pintaba bastante mal. Muy oscuro, sí.

Necesitaba alguien que le ayudara a distraerse y Colin no era una opción sensata. Le soltaría un sermón sobre la importancia de crecer laboralmente y de que la esperanza no se puede perder. Y aunque hasta cierto punto Brett podía estar de acuerdo con él, tenía la sensatez de pensar en qué sería de su vida si las cosas se torcían. En realidad, después de valorar detenidamente todos los caminos, sabía que ninguno de ellos le llevaría a la silla de un despacho personal. Así que, después de meditar al respecto varias horas, había decidido volver a probar suerte con la vecina.

Brett la miró fijamente. Ella seguía sin hablar y parecía muy confusa. Volvió a percatarse de que era bella. No era guapa, pero sí muy bella. Su rostro era armónico, simétrico, y sus ojos eran tan atractivos como espeluznantes. Parecían lentillas, pero los surcos amarillentos que rompían el azul y el verde de su iris indicaban que, en efecto, aquella mirada tan hipnótica era natural. Aquel día también llevaba los labios pintados de azul; lo que era extraño. Había visto a algunas chicas con los labios morados — suponía que era la nueva moda de la ciudad —, pero jamás de ese color. ¿Por qué le extrañaba? En realidad, la gente se teñía el pelo de rosa, de verde o de blanco. La sociedad había avanzado y los recursos para que uno mismo pudiera personalizarse eran infinitos. Sí, ese era el objetivo; personalizarse. Aunque ella no lo necesitaba. Era... única. Solamente su mirada ya era especial.

Aquella forma de guardar silencio y observarlo todo; como si en su mente estuvieran trabajando miles de máquinas que precisaban de toda su concentración.

— Bueno, ya veo que estás bien, así que... — murmuró, sintiéndose un tanto extraño por haber acudido a ella.

Lo mejor sería, pensó Brett, regresar a su piso y comenzar a ojear alguna página de ofertas de empleo. Quizás algún bufete ofreciera algo decente para recién colegiados que aún no tenían experiencia.

— ¡Dile que pase! — gritó Craig a su espalda — . ¡Le necesitamos, Amanda!

Ella se giró para fulminar al anciano con la mirada.

— Gracias por haberte preocupado — respondió, intentando dejar al margen la ansiedad y los nervios que la estaban machacando los sesos — . Y gracias por haberme ayudado antes...

— Sí, claro. Hasta luego...

— Hasta luego, Brett — respondió, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Craig ya estaba a su lado, impidiéndolo.

— ¡Se tiene que quedar, Amanda! ¡Le necesitamos!

Cerró los ojos unos segundos.

Brett, mientras tanto, pensó que el comportamiento de la chica era realmente desconcertante.

— ¡Si no le dejas entrar, jamás me marcharé! ¡Le necesitamos! ¡Le necesitamos!

Amanda sintió deseos de echarse a llorar, pero en lugar de hacerlo, sonrió.

— ¿Te apetece una cerveza, Brett? — preguntó, recordando que Donna había surtido su nevera con miles de latas.

Brett pasó al interior del piso, pero fue inevitable que se sintiera un tanto desconcertado. Aquella chica tan extraña le mandaba señales claramente contradictorias; imposibles de descifrar.

Pasó al salón, se sentó en el sofá, pero no tardó ni un solo segundo en levantarse de él, sobresaltado por la reacción que había puesto ella.

— ¿Prefieres que me siente en otro sitio?

Amanda dudó, agobiada.

— De pie estás bien — concluyo, dibujando una sonrisa que intentaba ser agradable pero que resultaba muy desconcertante para Brett.

— ¿Vas a dejar que tu invitado esté de pie, Amanda? Deberías dejar que se siente, no voy a comérmelo — señaló Craig, sentado en el sofá y, al parecer, ciertamente divertido con la escena.

— Me quedaré de pie, entonces — le dijo su vecino.

Ella, que lo único que quería era desaparecer de la tierra, salió corriendo hasta el refrigerador y cogió una lata de cerveza de su interior. Pensó que debía de ser muy poco educado por su parte que ella no tomase nada, así que se rellenó de agua fría un vaso y regresó al salón con ambas bebidas y una bandeja de pastas de té.

— Bueno... — admitió — , creo que lo mejor será que tomes asiento.

Craig se había levantado y estaba junto a la ventana, observando el exterior. Tan sólo desviaba de vez en cuando la mirada para asegurarse de que el sobre blanco que habían rescatado de la residencia seguía intacto. Brett lanzó una mirada insegura al sofá antes de volver a sentarse, preguntándose mientras qué diablos se le pasaría a aquella joven por la cabeza.

— ¿Eso es agua? — preguntó Brett, observando la combinación de alimentos que había en el salón; agua, cerveza y pastas de té.

— No me gusta la cerveza — admitió, una vez más, con aquella sonrisa tan extraña en el rostro.

— ¿Y por qué tienes cervezas si no te gustan?

Amanda dudó unos instantes.

— A mí hermana sí le gustan — explicó, y esperó que con aquella información resultase suficiente para aclarar su curiosidad.

Un tanto incómoda, se sentó junto a Brett y guardó silencio. El abogado parecía sentirse a gusto de esa manera y Craig tampoco se estaba interesando mucho por la situación. Amanda quería preguntarle por qué diantres necesitaban a Brett, pero había aprendido la lección y estaba evitando decir nada en voz alta. Lo último que necesitaba era que su guapo vecino también la tratase de loca.

— ¿Eres artista? — inquirió él, observando los dibujos que Amanda había colgado por las paredes de su piso.

En su gran mayoría, se trataban de lunas; pero también había pintado otras cosas diferentes y mágicas. Castillos, princesas, hadas... Lugares que únicamente podían existir en su imaginación.

— En realidad, trabajo como correctora en una editorial... — murmuró con el tono de voz afligido — , pero algún día me gustaría llegar a escribir e ilustrar los relatos en vez de corregirlos.

Brett la miró fijamente, pensando que aquella chica era una auténtica caja de sorpresas.

— A mí también me gustaría llegar a ser alguien algún día — señaló él, distraído en sus propios pensamientos — , pero mi situación está bastante más complicada.

— ¿Qué la mía? — repitió ella.

— Que la de cualquiera, en general.

Sin comprender a qué podía referirse, Amanda asintió. Supuso que se referiría a un gran caso; algo importante que le convirtiera en un

abogado de prestigio. En uno de esos que se anunciaban con slogans en la televisión y que colgaba vallas publicitarias en las salidas de la autopista. “Habla con Brett y tus problemas solucionaré”, murmuró Amanda en su cabeza imitando ficticiamente la voz de un interlocutor. Sonaba bien y, además, que el chico fuera tan agradable a la vista facilitaría mucho las cosas a la hora de captar clientes. Con ese pensamiento en la cabeza, la joven no pudo evitar preguntarse a qué se referiría al asegurar que su situación era complicada. Quizás, triunfar, significase un golpe de suerte para él. Pero para el resto era más de lo mismo. En aquel mundo de falsedades y argucias la gente pocas veces sobresalía cuando lo merecía.

— Seguro que te irá bien — respondió la muchacha, sorprendiéndose a sí misma con el comentario.

Empatizar con la gente y mostrar su apoyo no solía ser algo que hiciera habitualmente. Es más, aquellos protocolos de la sociedad no formaban parte de sus conocimientos, así que resultaba bastante habitual que metiera la pata en aquel tipo de situaciones delicadas. Decir lo que el otro quería escuchar no era su punto fuerte.

— No lo creo, pero gracias de todas maneras — respondió Brett, dándole un largo sorbo a la lata de cerveza.

Las pastas de té seguían intactas y Amanda se agachó sobre la bandeja para coger una de ellas. La de chocolate siempre había sido su favorita.

— Pregúntale sí es abogado — instó Craig, desde la ventana.

Amanda se sobresaltó.

Llevaba varios minutos callado y prácticamente había logrado olvidarse de su presencia. La única que parecía encantada con el anciano, era Luna. La gata no se separaba de los pies del hombre ni en un solo instante.

— Eres abogado, ¿verdad?

Brett escrutó a la joven y, frunciendo el ceño, asintió.

— ¿Cómo lo sabes? — quiso saber.

— Trabajas en el edificio que está frente a mi editorial — explicó ella con naturalidad —, te veo entrar todas las mañanas. Y ese edificio solo está compuesto por sedes de bufetes.

Brett sonrió.

— Muy bien visto — señaló con una sonrisa.

Estaba sorprendido.

Aunque él sí se había fijado en ella, siempre había tenido la sensación de que la chica no se percataba de su presencia. Cuando la miraba, parecía que caminaba ajena a lo demás, inmersa en su propio mundo. Al parecer, había estado equivocado con ella. Y eso era una grata sorpresa para Brett.

— Ahora es cuando necesitamos su ayuda — dijo Craig, girándose hacia ellos — , quiero que le des el sobre. Explícale que te lo ha dado un amigo que ya ha fallecido y que necesitas que te explique cómo proceder.

Amanda abrió los ojos como platos.

— No voy a meter a nadie más en todo esto — gruñó, malhumorada.

Que ella tuviera alucinaciones no debía concernir a nadie más. Si alguien se llegaba a enterar... Mejor dicho, si Donna llegaba a enterarse, el psiquiátrico con camisa de fuerza se transformaría en su nuevo hogar en un visto y no visto.

— ¿Cómo? — preguntó Brett, sin comprender a qué se refería.

— ¡Hazlo, Amanda! ¡Dale el sobre! — insistió el anciano, alejándose de la ventana para acercarse a ellos — . ¡Él puede ayudarnos, Amanda!

“Será a ti, no a mí”, quiso decir. Pero no dijo nada.

Estaba aprendiendo a no responder al anciano si había alguien presente. Delatar su locura la proporcionaría ese pase directo al infierno que tanto terror le provocaba.

— Quizás puedas ayudarme... — murmuró avergonzada.

Expresarse le resultaba incómodo, pero pedir ayuda era realmente bochornoso.

Pensó que, llegados a ese punto, debía de hacer cualquier cosa por terminar con aquello.

— ¿Sí? ¿Cómo? — inquirió Brett, observándola con curiosidad.

Ella se levantó del sofá, cogió el sobre blanco y se lo tendió.

— Pídele que lo lea.

— Léelo — pidió con amabilidad.

Brett procedió.

Mientras tanto, Amanda se preguntaba con expectación qué contenían aquellas páginas manuscritas.

— ¿Lo has leído?

Ella sacudió la cabeza en señal de negación.

— Es un testamento ológrafo, escrito de puño y letra por el testador — murmuró Brett, revisando la hoja superficialmente por ambas caras —, está firmado y escrito por él mismo. ¿Quién te lo ha dado? — inquirió con curiosidad.

— Él. El autor de la carta.

— No es una carta — especificó —, es un testamento ológrafo — repitió Brett, explicándose —. Es decir, este texto que tienes señala las últimas voluntades de don... Craig A Sullivan. El día que muera tendrás que presentarlo frente a un juez.

— ¿Frente a un juez? — inquirió Amanda, sintiendo cómo, nuevamente, su corazón volvía a acelerarse y su respiración se agitaba.

Comenzaba a sufrir otra crisis de ansiedad.

¿Cómo diablos iba a lograr terminar con aquella historia? Parecía que Craig había aparecido en su vida para ponérsela patas arriba.

— Así es. Por cierto, no me has dicho cómo te llamas...

Amanda no prestaba demasiada atención a Brett; en aquellos instantes, lo único que tenía en mente era aquel estúpido testamento.

— Amanda — respondió de forma automática.

— ¿Craig A Sullivan sigue vivo? — quiso saber Brett —. El testamento está fechado con fecha de hoy.

— No, ya estoy muerto — dijo Craig, aunque, como solía ser habitual, la única que pudo escucharle fue la joven.

— No. Acaba de morir.

Brett, confuso, pestañeó.

— ¡Vaya! ¡Por los pelos! — bromeó con una sonrisa.

Ella, que tenía la mente en preocupaciones mucho más lejanas, no comprendía a qué se refería.

— Pregúntale si el testamento es válido — ordenó el anciano.

— ¿Es válido? — repitió ella, sintiéndose absurdamente encerrada en un bucle que se repetía constantemente sin completar ningún recorrido.

— Parece que sí, pero el juez tendría que validar su autenticidad.

— ¿Cómo? — replicó Craig.

— ¿Cómo? — expresó Amanda, cuya mirada estaba clavada en el desgastado suelo de madera del salón.

Le costaba respirar. Mucho.

¿Cuándo diablos iban a terminar con aquella terrible pesadilla?

— Verás, el testador ha escrito y firmado el documento sin testigos, así que el juez tendría que verificar que la letra pertenece a... Craig..., Craig A Sullivan. Seguramente, pediría la opinión de tres testigos. Tres testigos cercanos al testador.

— Mis hijos jamás admitirán que esa es mi letra. No querrán saber nada del contenido de ese documento.

— ¿Sus hijos? — inquirió la joven.

— Seguramente — corroboró Brett, terminándose de un último trago la cerveza mientras continuaba examinando el documento.

— Ellos no querrán testificar.

Brett ensanchó una sonrisa divertida.

— Es normal, yo tampoco lo haría en el lugar de ellos.

— ¿Por qué? — repitió Amanda, confusa, sin comprender nada.

Craig también ensanchó una sonrisa de niño travieso.

— Los he desheredado.

— Los ha desheredado — explicaron ambos al unísono.

Brett volvió a guardar el testamento en el sobre, lo dejó sobre la mesa

auxiliar y centró su atención en la joven. Todavía no había decidido qué hacer sobre el bufete, pero pensó que podía alargar su estancia allí unos días más y echarle un cable a la chica. Parecía realmente preocupada con aquel asunto.

Amanda pensó que aquello era demasiado. ¿Enfrentarse a los hijos de Craig? ¿Presentar el testamento ante un juez? Presenciar como el anciano, despedido por la actitud de su estirpe, pretendía darles una lección. Lo mejor era dejar todo como estaba, decidió.

— No puedes. Es ilegal — amenazó Craig de malos modos.

— ¿Es ilegal? — repitió ella, aturdida por aquel cúmulo de información.

— ¿El qué? — preguntó Brett, pensando que se dirigía a él.

— Dejarlo todo como está y no hacer nada.

El abogado titubeó.

— A ver... No es que sea ilegal, es que tienes la obligación de presentarlo, Amanda.

— No entiendo...

— Es un poco contradictorio. Tienes un testamento válido, lo que te obliga a presentarlo ante un juez de primera instancia con el certificado de defunción.

Amanda sentía que, de un momento a otro, su cabeza estallaría.

— ¿Y si no lo hago?

Brett suspiró.

— Tienes diez días para hacerlo, si no, se te hará responsable de las consecuencias que puedas generar.

— ¡Oh, Dios...! — exclamó, pensando que aquel era, sin duda, el peor día de toda su existencia.

— Te ayudaré, si quieres — sentenció —. ¿Quieres contratar mis servicios como abogado? — rió él, divertido.

“Quiero terminar con esto cuanto antes”, pensó, pero en lugar de decirlo asintió con la cabeza.

— No tengo mucho dinero, solo tengo unos tres mil o cuatro mil dólares — murmuró, agobiada.

Brett colocó una mano sobre la rodilla de Amanda, intentando transmitirle su apoyo.

— No vas a necesitar pagarme nada — dijo, guiñándole un ojo.

Craig, mientras tanto, observaba la escena con diversión y ternura.

A primera hora de la mañana siguiente, Brett solicitó el certificado de defunción del tal “Craig A Sullivan” y presentó el testamento ante el juez de primera instancia de la localidad. Poca gente se había percatado de su ausencia en el bufete y nadie pareció interesarse aquel día por el estado de su integridad física, excepto Colin, que nada más verlo aparecer en el despacho se abalanzó sobre él.

— ¿Al final has decidido quedarte? — preguntó con una sonrisa satisfecha —, haces bien, colega. Hemos trabajado mucho para llegar hasta aquí y...

— Sólo estaré unas semanas — explico brevemente —, tengo un asunto entre manos y voy a quedarme hasta resolverlo. Después, me marcharé.

Aquel bufete llevaba mal-pagándole y aprovechándose de él demasiado tiempo, así que no debía sentirse mal por utilizar el nombre del despacho en su beneficio durante un par de días. Había entregado el testamento como representante legal de Amanda, lo que dotaba al documento de cierta veracidad. Estaba convencido de que hacer las cosas de esa manera aceleraba el proceso de verificar su autenticidad.

Realmente, aún no terminaba muy bien de comprender por qué estaba haciendo todo eso por aquella extraña chica, pero la razón no le interesaba demasiado. Aquella mañana se había despertado sintiéndose útil.

Sobre las once de la mañana la fiscalía telefoneó al bufete preguntando por Brett. Su supervisora, extrañada, le pasó la llamada al despacho número seis sin hacerle preguntas al respecto. Aún así, Brett estaba convencido de que más tarde lo interrogaría.

Desde el juzgado, le anunciaron que se convocaría un pleito con la mayor brevedad posible. Craig A Sullivan no contaba con ascendientes que

estuvieran vivos y el juez había desestimado llamar a sus hijos como posibles testigos dada la importancia que tenían en el testamento. Desheredar a un hijo era algo complicado y, para hacerlo, uno debía de reconocer que había recibido malos tratos por parte de los mismos. Craig aseguraba, en aquellas breves palabras, que así había ocurrido. La esposa de Craig, además, también había fallecido; lo que complicaba aún más las cosas. La vista tendría lugar la próxima mañana y en ella, todos los citados podrían intervenir para facilitar las cosas. Amanda estaría citada y Brett también acudiría en su representación. Además, el juez había pedido que se localizase a los herederos que se citaban en el testamento para que acudieran al evento. Además, por si todo aquello resultase poco, el juez también estimaba oportuna la presencia de un perito que certificara que aquella letra perteneciera al fallecido.

A la hora del almuerzo, como solía ser habitual, ambos jóvenes acudieron a la cafetería cercana a sus edificios. Aquel día, no obstante, hubo una diferencia; se sentaron juntos. Cuando Colin vio a Brett sentado junto al bicho raro, pensó que su amigo debía de haber perdido la cabeza por completo. Pero evitó decirle nada. Que fuera a dejar el bufete y a tirar por la borda todo por lo que había trabajado aquellos duros años de su juventud evidenciaban el cortocircuito que debía haber sufrido en su cabeza. Pero, si Brett había tomado aquella absurda decisión, Colin la respetaría. Eso sí; se mantendría totalmente al margen. Aunque su amigo hubiera perdido la chaveta por completo no lo arrastraría junto a él hasta el lodo.

— Café con leche y doble de azúcar — señaló Brett con una sonrisa, sentándose junto a Amanda.

Ella se quedó boquiabierta. ¿Cómo había sabido la forma en la que tomaba el café?

— Te veo pedirlo todas las mañanas — explicó, sin necesidad que ella hubiese formulado la pregunta.

Aceptó el vaso con una sonrisa y, expectante, esperó a escuchar las novedades. Craig, que también estaba presente, se había quedado de pie junto a la mesa para no perder detalle de lo que el abogado narraría a continuación.

— El juez ha solicitado un perito para certificar la veracidad del testamento y, además, ha puesto fecha para una vista urgente.

Amanda ni siquiera comprendía qué significaban aquellas palabras.

— ¿Cuándo?

— Mañana por la mañana.

La joven, horrorizada, tragó saliva.

— ¿Debo ir?

Brett asintió con un leve movimiento de cabeza.

— Me temo que sí. Has sido quien ha presentado el testamento y, además, necesitan testigos que conocieran a Craig y que no tengan un vínculo con la herencia. Testigos que puedan aportar luz y que no tengan intenciones ocultas.

— Lo harás muy bien, Amanda. No te pongas nerviosa — la tranquilizó el anciano — , falta muy poco para que todo termine.

Ella torció el gesto en una mueca de disgusto.

— ¿Y tú? — preguntó ella, señalando a Brett.

— Yo estaré contigo en todo momento — dijo, colocando su mano sobre la de ella.

Por extraño que pareciera, Amanda se sintió arropada.

Aquella vivencia tan extrañada a la que le había tocado enfrentarse estaba resultando traumática y desagradable, así que, de algún modo, agradecía no verse sola en todo aquel asunto.

— ¿Te estás dando cuenta? — inquirió el anciano con una sonrisa tierna.

La expresión de su rostro era paternal y transmitía cierto orgullo. De alguna manera, Amanda y él habían formado un vínculo. Y no importaba que nadie más pudiera verlo ni sentirlo. Ellos llevaban un día y medio juntos, y aquellas horas se habían transformado en minutos. Era como si, de pronto, ambos se conocieran de toda la vida. Craig podía entender perfectamente por qué ella era como era, y Amanda, en cambio, podía sentir la angustia y la impotencia que carcomían a Craig. Además, empezaba a empatizar con él; vagar solo por un mundo de vivos que no podían verte debía de ser una auténtica faena.

Ella escrutó al anciano con la mirada de forma inquisitiva.

— Te lo dije... El ser humano no es un animal solitario, Amanda.

— Hay otro problema — continuó Brett — , y éste sí puede resultar un

inconveniente.

— ¿Sabes por qué te está ayudando con mi testamento, Amanda? — preguntó el anciano, ignorando las palabras de Brett — . Porque le gustas. Le gustas mucho, Amanda. Creo que deberías darle una oportunidad al muchacho... Me cae bien.

— ¿Cómo...? — inquirió, confusa, sin saber muy bien a quién dirigía la pregunta.

— Lo sé porque puedo escuchar lo que piensa sobre ti. No pensarás que estar muerto son todo desventajas, ¿verdad? También tiene sus cosas buenas...

— Verás — comenzó a explicar Brett ante una confusa y desorientada Amanda — , nadie parece conocer a los herederos de Craig A Sullivan y, en el testamento, los únicos datos que ha reflejado son sus nombres y sus apellidos. No tenemos ningún número fiscal que los identifique y, según me he informado, podemos encontrar en el mismo estado cientos de personas que comparten un mismo nombre. Sería como buscar una aguja en un pajar.

Amanda no entendía muy bien a qué se refería. Quizás, si ella hubiera leído el testamento...

— Dile que no se preocupe, yo te llevaré hasta esas personas, Amanda.

— Resulta que, si no encontramos a ninguna de ellas, el testamento será desestimado — concluyó Brett.

— Yo me encargaré de buscar a esas personas — aseguró la joven que, hastiada, deseaba con todas sus fuerzas que aquella pesadilla llegase a su final.

— ¿Sabes dónde encontrarlas? — inquirió Brett.

— Sí, creo que sí.

En realidad, no tenía ni idea. Y algo le decía que aquella aventura tampoco sería tan sencilla como parecía ser.

— Entonces te acompañaré.

Mientras los dos vecinos charlaban, Colin removía en solitario su descafeinado con sacarina. Observaba a ambos chicos con un gesto de desagrado, preguntándose qué demonios podía estar viendo Brett en ella. No

era guapa — o al menos a él no se lo parecía — y su forma de vestir era espeluznante. En realidad, Colin pensaba que aquella chica era lo más horrible que sus ojos habían visto jamás. Asqueado con aquella empalagosa escena, se levantó de su mesa y se dirigió al mostrador para dejar el vaso semivacío. Verles juntos le había removido el estómago y ni siquiera había podido terminarse el contenido. Se percató de que su mesa ya había sido ocupada por otra pareja. La cafetería estaba a reventar y la gente no perdía ni un solo segundo.

— Buitres... — murmuró, alejándose de malhumor hacia la salida.

No había alcanzado la puerta cuando, de pronto, sintió cómo una repentina y fuerte ráfaga de aire lo empujaba con fuerza hacia delante. Aquella extraña corriente le obligó a perder el equilibrio y, a pesar de sus intentos por mantenerse erguido, terminó estampado contra la fría baldosa del suelo.

— Hay que ser un poco más educado con las señoritas... — gruñó Craig, que se mantenía firme sobre el muchacho con un pie sobre su cabeza. El chico lo único que sentía era un frío helador y ni siquiera podía oírle, pero el anciano estaba convencido de que aquello serviría como lección para el futuro — . Y deja de pensar groserías. Niñato...

Brett y Amanda desviaron la mirada hacia Colin, pero ninguno de los dos le prestó demasiada atención. Tenían asuntos más importantes en los que centrarse.

A cualquiera le hubiera parecido extraña la implicación que Brett mostraba con aquel asunto. Él, en el fondo, no perdía ni ganaba nada con todo aquello; excepto cordura y salud mental — justamente lo que Amanda perdía según pasaban las horas y seguía viendo a un fantasma frente a ella —. Dedicarse a aquella herencia estaba obligándole a no pensar en su futuro, ni en el crédito estudiantil que asfixiaba sus ahorros, ni en su odioso contrato como becario.

La chica se reunió con él en el portal del edificio en el que ambos vivían. En el exterior llovía a mares, pero Brett se había asegurado de aparcar el coche muy cerca de su calle. Lo hacía siempre que sabía que más tarde tendría que utilizarlo.

Sacó la lista de personas que Craig A Sullivan había citado en su testamento y comenzó a leerla en voz alta mientras los maullidos de Luna traspasaban las paredes hasta la planta baja.

— Edward Smith. Eric Astor. Victor Andrews... — dijo, haciendo una breve pausa para comprobar las reacciones de la chica de los labios azules —, Margaret Bates. Benjamin Hartley. Henry Chapman y..., Kathy Fox.

Amanda asintió.

— ¿Te suena alguno de algo?

Ella negó con la cabeza.

— No, pero Craig me explicó dónde podría encontrarlos — dijo, mirando al anciano fijamente.

Craig asintió, orgulloso de “su chica”.

— Pues pongámonos manos a la obra... — apremió Brett, abriendo la

puerta del portal.

Seguía diluviando y ninguno de los dos tenía paraguas.

El joven sujetó a la chica de la mano y, sin decir nada más, echó a correr a través del aguacero. Amanda sentía cómo el agua fría se colaba por debajo de su chubasquero amarillo. Levantó la mirada hacia el cielo y observó la luna mientras que, guiada por Brett, continuaba corriendo sujeta a su mano. Era una luna de gato. Soltó una pequeña risita, pensando que aquello debía de ser un buen augurio. Brett corroboró esa risa con una carcajada, pensando que la joven se reía por la cómica situación de estar mojándose cuando podían haber subido a por un paraguas. Y aquella risa, como consecuencia, también provocó que Amanda respondiera con otra igual. Fue una reacción en cadena que a Craig, desde su invisible existencia, le pareció de lo más enternecedora. Ambos jóvenes corrían bajo la lluvia, calándose, y riéndose a pleno pulmón.

Alcanzaron el coche hundidos de pies a cabeza. Brett se detuvo unos instantes para observar el rostro húmedo de la chica; el pintalabios azul se le había corrido a un lado, manchando brevemente su barbilla.

— Espera... — murmuró, acercándose a ella.

Tan sólo les separaban unos pocos centímetros cuando Brett le frotó la mancha. Amanda pensó que, en toda su existencia, jamás nadie se había acercado tanto a ella. Brett se encontraba tan cerca que, incluso, había conseguido cortarle la respiración por completo.

— Eres muy guapa, Amanda — aseguró él, mirando fijamente los curiosos e impactantes ojos de la chica.

Ella no supo qué responder. Quería decirle algo, pero no era capaz. Brett pensó que si no se movía de allí la besaría. Quería hacerlo. Deseaba hacerlo.

Pero un segundo después, un trueno resonó sobre sus cabezas, apremiándoles a subirse a coche, y el instante se rompió como si el relámpago lo hubiera atravesado.

Brett tenía un viejo volvo que, años atrás, había heredado de su abuelo. Y aunque el pobre vehículo estaba destartado, el joven se esforzaba por mantenerlo limpio y, al menos, cuidado. Antes de arrancar, puso la calefacción en marcha. La joven de los labios azules estaba tiritando.

— ¿Por dónde empezamos?

Como buena copiloto, Amanda revisó el listado de nombres.

— Empezamos por el primero. Edward Smith... — leyó.

Él asintió y, dubitativo, miró a la chica.

— ¿Y a dónde nos dirigimos?

— Todo recto y, en la próxima intersección, que gire a la derecha. Yo os iré indicando — señaló Craig, sentado en el asiento trasero con una estúpida sonrisa en la cara.

El anciano pensó que, después de todo, estar muerto estaba resultando una aventura... encantadora.

— Todo recto y en la próxima intersección a la derecha — repitió la joven.

Brett no quería desconfiar, pero extrañado, la escrutó con escepticismo.

— ¿Te sabes la dirección de memoria?

Amanda soltó una risita.

— Confía en mí — respondió, a secas.

Y sin necesidad de preguntar nada más, el abogado se puso en marcha.

Edward Smith.

Siguiendo las indicaciones de Craig, encontraron el domicilio de Edward Smith sin problemas. Lo que no esperaban encontrar era otra esquila. Edward Smith, según había explicado con tristeza su nieta, llevaba varios años enterrado en el cementerio. Había muerto a los setenta y tres años mientras dormía.

— Lo sentimos mucho — lamentó Brett, mientras Amanda examinaba detenidamente el rostro del anciano, que también se hallaba presente y había escuchado la historia con detalle.

El rostro de Craig se ensombreció, pero no pensaba rendirse con tanta facilidad. Seguramente, muchas de las personas de su testamento habrían abandonado para aquel entonces el mundo. Cabía esperar esa posibilidad teniendo en cuenta que unos cuantos rondaban la misma edad que él.

— Lo siento mucho — dijo también Amanda.

La nieta de Edward Smith le dio las gracias sin saber que aquel pésame no iba dirigido a ella, si no a Craig. El pobre hombre parecía bastante disgustado.

Se subieron al coche en silencio, un tanto afectados por la noticia. Pero pronto decidieron que rendirse no entraba dentro de los planes y, como si los dos muchachos se hubieran marcado un objetivo personal, se encaminaron en busca del siguiente nombre de la lista. Eric Astor.

La mentalidad de Amanda, poco a poco, se fue transformando. Aquella experiencia había dejado de ser una pesadilla para convertirse en una verdadera aventura. Estaba cogiendo cariño a Craig y, de algún modo, podía sentir lo mucho que él la necesitaba y cuánto valoraba aquella ayuda.

Fue consciente, mientras circulaban de camino al domicilio del señor Astor,

de que sus facultades empáticas estaban mejorando notablemente. Por extraño que pareciera, se sentía conectada al mundo como nunca antes lo había hecho. Craig, Brett y ella formaban un equipo; y eso era algo que nunca hasta entonces había experimentado.

Detuvieron el coche en el lugar en el que Craig señaló. Era una casita pequeña en un barrio residencial bastante pobre. Algunos niños de color jugaban a la pelota cerca del lugar. Cuando se bajaron del coche, la pelota se les escapó y Brett, divertido, la atrapó al vuelo y se la devolvió a los niños de un cabezazo. Se acercaron hasta la casa y tocaron el timbre. Se escuchaban ruidos en el interior, así que tuvieron paciencia hasta que alguien salió a recibirles.

— ¿Qué desean? — escupió de malas formas un hombre mayor, también de color, que apareció tras la puerta.

— ¿Es el señor Astor? — preguntó con un tono amable Brett.

— Depende. ¿Quién lo pregunta?

Amanda pensó que era un desagradable. Y además, daba bastante miedo. Tenía un parche que tapaba su ojo izquierdo y, aunque era bastante más joven que Craig, el pelo de su cabeza se había transformado en una mata blanquecina que lo hacía parecer mucho más mayor. Craig miró al suelo y dejó que los muchachos se encargasen del asunto sin intervenir.

— Venimos a entregarle una citación para una vista. En los juzgados...

— ¿En los juzgados? — preguntó de malagana — . Yo no tengo nada que ver con ese asunto, han debido de equivocarse.

Y sin decir nada más, el señor Astor les cerró la puerta en las narices, dejándolos allí pasmados como a un par de idiotas.

Brett, que no se rendía con facilidad, volvió a llamar a la puerta. Esa segunda vez no se molestó en tocar el timbre, si no que golpeó con los nudillos la madera.

Unos segundos después la puerta volvió a abrirse. Tras ella apareció una mujer de edad similar a la del señor Astor, que supusieron que sería la esposa del susodicho.

— Pasen y cuéntenme qué es eso de la citación... — pidió ella. Y aunque

no parecía contenta con el asunto, al menos se expresó con más educación.

Ambos jóvenes obedecieron sin rechistar.

La casita era modesta y pequeña.

Tenía muebles antiguos y la madera del suelo crujía al caminar, pero se veía que estaba limpia. Muy limpia. Brett y Amanda se sentaron en el sofá y le entregaron la citación a la mujer.

— ¿Una herencia? — leyó con el tono de voz elevado, esperando que su marido pudiera escucharla de esa manera — . ¿Nos citan por una herencia?

— Así es — explicó Brett — . Craig A Sullivan le ha dejado a su marido parte de los ahorros que poseía. Más concretamente, unos cincuenta y cinco mil dólares.

La señora Astor abrió los ojos como platos.

— ¡ERIC! ¡Ven aquí ahora mismo!

El señor Astor, obediente, apareció en el umbral del salón y aunque él no lo sabía, se colocó justo al lado de Craig.

— ¿Cómo que una herencia? — refunfuñó con el ceño fruncido.

— Así es. Don Craig A Sullivan le ha dejado parte de sus ahorros — explicó Brett de forma robótica — , más precisamente, cincuenta y cinco mil dólares.

Todos los presentes, incluida la señora Astor — a la que el nombre del fallecido no le sonaba de nada — miraron al heredero de forma expectante. Incluso Craig, que no podía imaginar la reacción del hombre, lo examinó con detenimiento.

— ¿Es una broma? — preguntó el señor Astor con una sonrisa irónica en el rostro.

Brett se colocó la americana del traje de forma profesional.

— Desde luego que no, señor — aseguró con la formalidad de un abogado — , mañana se llevará a cabo la vista para validar el testamento. El señor Sullivan dejó su última voluntad escrita el día de su fallecimiento y aún hay que protocolizar el testamento, señor Astor.

— ¿He sido la última voluntad de Craig A Sullivan? — repitió, confuso,

aún sin borrar sonrisa — . Hijo de puta... — murmuró para sí mismo.

Tanto su esposa como los dos muchachos se quedaron mirándole de forma expectante, pero el señor Astor, que recolocaba su parche pirata del ojo con incredulidad, parecía demasiado sorprendido como para explicar nada más a los presentes.

Amanda miró a Craig.

El anciano, muy serio, se había quedado mirando fijamente a Eric Astor. Tan sólo desviaba la mirada para repasar con ella las fotografías que descansaban sobre la repita de la chimenea. Amanda tuvo la sensación de que Craig quería entender la vida del señor Astor examinando aquellas instantáneas.

— Entonces, si no tiene más preguntas... — anunció Brett, entregándole la citación del señor Astor a su esposa — , le veremos mañana en los juzgados. Su presencia será importante para testar la veracidad del documento.

La mujer aceptó el sobre; su rostro evidenciaba que aún no comprendía muy bien qué era lo que estaba ocurriendo.

Victor Andrews fue el siguiente nombre de la lista. Resultaba extraño que, una vez más, el heredero de Craig tuviera su domicilio en un barrio pobre y marginal de la ciudad. Cuando aparcaron frente al edificio del señor Andrews, Craig parecía tan nervioso que, a través del retrovisor central, Amanda llegaba incluso a verle temblar.

Vivía en un cuarto piso sin ascensor, así que cuando ambos jóvenes llegaron a la puerta 4C, se encontraron exhaustos y sin aliento. Tocaron el timbre varias veces pero no respondió nadie. Brett se rindió con facilidad y decidió pasar al siguiente nombre. Tenían que encontrar a demasiadas personas, de manera que no podían permitirse perder tanto tiempo con cada una de ellas. Craig, en cambio, no estuvo de acuerdo. El señor Andrews era importante para él y le suplicó a Amanda que esperasen unos instantes más. Así lo hicieron. Cuando Amanda también se rindió y se encontraban a punto de dar media vuelta, escucharon el sonido chirriante de unas ruedas en el interior. Brett, extrañado, volvió a tocar el timbre. El sonido de las ruedas oxidadas se intensificó.

— ¿Hay alguien ahí dentro? — gritó, golpeando la puerta del 4C con el puño — . ¡Venimos a entregarle una citación!

Varias vecinas, alarmadas por el escándalo, asomaron sus cabezas por las ventanas de sus casas.

Brett suspiró, exasperado, y un segundo después la puerta se abrió con lentitud. Al otro lado, para sorpresa de ambos jóvenes, apareció un hombre muy mayor. También debía de tener unos ochenta años — o más — y caminaba sujeto a un andador que parecía roído y desgastado.

— ¿Es usted Victor Andrews?

El anciano, que repentinamente sufrió un ataque de tos, asintió mientras

intentaba recuperar el aliento.

— Venimos a entregarle una citación del juzgado. Es por una herencia — explicó Brett — , ¿podríamos pasar?

El señor Andrews dudó unos instantes, pero finalmente se apartó a un lado y abrió de par en par la puerta. Amanda se fijó en que su amigo Craig parecía a punto de echarse a llorar.

— ¿Estás bien? — preguntó.

— Sí, claro — respondió Brett, sin siquiera llegar a imaginar a quién dirigía ella aquella pregunta.

Le resultaba extraño que personas tan mayores como el señor Andrews recibieran una herencia. Brett no llegaba a entender porque aquel don Craig A Sullivan había decidido dejar tal cantidad de dinero a esas personas. Seguramente, morirían en pocos años, si no meses.

Pasaron hasta el salón y se sentaron en un viejo sofá.

Era incómodo. Si apoyabas la espalda en el respaldo podías sentir los muelles que habían terminado por sobresalir tras los años de uso. La casa estaba sucia. El señor Víctor Andrews no tenía edad para mantener aquel hogar en condiciones higiénicas, y era más que evidente que tampoco disponía de dinero para contratar una persona que le ayudase o pagar la cuota mensual de una residencia de ancianos. Resultaba demoledor pensar que el gobierno permitiera a los mayores del país residir en aquellas lamentables condiciones.

— Verá, señor Andrews — comenzó Brett con el discurso — , el señor Craig A Sullivan falleció ayer por la mañana. Mañana se celebrará el pleito para protocolizar su testamento, pero puedo adelantarle que en su última voluntad el señor Sullivan le dejó de herencia cincuenta y tres mil dólares.

Amanda miró al anciano.

Parecía demasiado consternado con aquella visita, al igual que en la anterior.

El señor Andrews, en cambio, frunció el ceño al escuchar aquel nombre.

— ¿A dicho...? — comenzó, con la voz débil por los años — , ¿ha dicho que... Craig Sullivan me ha dejado su... dinero?

Brett asintió.

— Así es, señor Andrews. Le ha dejado parte de su dinero — confirmó

— . Le he traído una citación para que mañana se presente en los juzgados. Su presencia será de gran ayuda para que el perito pueda dar veracidad al documento que el señor Sullivan dejó antes de fallecer.

El señor Andrews parecía confuso. Y muy mayor. Amanda se fijó en que las manos le temblaban de forma exagerada; seguramente sufriría Parkinson o alguna otra enfermedad similar. Craig, por su parte, llevaba varios minutos sin levantar la mirada del suelo.

— Craig... Sullivan... — repitió el heredero, aún con el ceño fruncido — . ¿Por qué... por qué me ha... dejado su dinero?

Brett no supo qué responder. Amanda, en cambio, miró a Craig. El anciano continuaba inmerso en sus pensamientos, muy lejos de aquel lugar.

— No puedo responderle a esa pregunta, señor Andrews.

Brett miró a Amanda, esperando que ella sí tuviera una respuesta más oportuna, pero ella tampoco sabía qué decir y Craig no parecía dispuesto a contribuir.

— No quiero su dinero... — susurró el señor Andrews después de un buen rato en silencio.

— ¿Cómo dice? — inquirió Brett, incrédulo.

Cincuenta y tres mil dólares eran mucho dinero. Más aún, teniendo en cuenta las condiciones en las que ese anciano vivía en treinta metros cuadrados.

— Ya me han oído... — murmuró — , ahora, márchense.

Amanda se percató de que el señor Andrews poseía la misma mueca sombría que Craig. Y aunque no tenía ni idea del pasado que ambos ancianos habían compartido, tuvo por seguro que en aquellos años quedaron enterrados más de uno y de dos secretos.

Brett dejó encima del sofá el sobre con la citación.

— Por si cambia de opinión, señor Andrews — murmuró, antes de sujetar a Amanda del brazo y salir de aquel piso.

Desde luego, aquellas dos visitas habían sido realmente extrañas.

Se subieron al coche en silencio, sin decir ni una palabra. Aún les quedaba

una larga lista de visitas por realizar y sospechaban que todas, o gran parte de ellas, transcurrirían con la misma tensión que acababan de vivir.

La gran mayoría de los herederos habían fallecido o se habían mudado a otro país años atrás.

Brett y Amanda consiguieron encontrar a buena parte de ellos, y al final del día, cuando aparcaron el coche de vuelta bajo el edificio de su casa, se sentían tan extraños y consternados que no sabían muy bien si habían avanzado con el asunto o, si bien, habían retrocedido.

Entre su lista de confirmados tenían al señor Astor, a Kathy Fox y a Benjamin Hartley. Kathy Fox había sido la única que había tenido una reacción bastante normal. Había llorado a moco tendido por la muerte de Craig, pero después, de muy buena gana, había aceptado la herencia sin preguntar nada más. Benjamin Hartley, en cambio, había sido la antítesis de aquella mujer. El hombre, también de una edad considerable, se había echado a reír como un loco tras la explicación que Brett le había dado. Contaban con que, a pesar de su principal negativa, el señor Andrews también cambiase de idea e hiciera acto de presencia a la mañana siguiente en los juzgados.

Durante las visitas, Craig desapareció. Por unos instantes, la joven tuvo la sensación de que el anciano se había marchado para no regresar, pero cuando Kathy Fox comenzó a llorar de forma desconsolada, reapareció. No dijo ni hizo nada, simplemente se quedó en una esquina de la habitación, observando la escena con el rostro cargado de tristeza.

— Ha sido un día largo — murmuró Brett, quitando el contacto del coche.

Era casi medianoche.

Se habían recorrido más de media ciudad y ambos estaban exhaustos por el cúmulo de emociones que habían vivido. Aún así, ninguno de los dos quería

regresar a la soledad de su piso; ambos se sentían bien con la compañía que el otro le proporcionaba.

Para Amanda ese sentimiento era algo completamente nuevo. Era la primera vez que, simplemente, se dejaba llevar. Brett era sencillo y no juzgaba, lo que hacía que las cosas fueran mucho más fáciles a su lado.

El joven abogado, en cambio, no necesitaba meditar sobre la buena influencia que Amanda estaba ejerciendo sobre él. Llevaba dos días sin pensar en aquel préstamo que lo asfixiaba y ni siquiera le preocupaba replantearse su futuro en el bufete. Se había volcado en aquella herencia, y absurda o no, estaba significando un soplo de aire fresco para él.

Cuando se bajaron del coche, la llovizna que llevaba días sin dar tregua a la ciudad por fin había desaparecido. El cielo se había despejado y, aunque aún contaba con alguna nube rebelde que se negaba a marchar, se podían entrever las estrellas y la luna.

Brett abrió la ventanilla del techo y, después, sonrió bajo la atenta mirada de Amanda. Pulsó la manilla del asiento y presionó para que el respaldo cayera hacia detrás.

— ¿Te apetece mirar el cielo? — preguntó, guiñándole un ojo.

Ella sonrió a modo de respuesta.

Imitándole, dejó caer el respaldo hacia detrás y se tumbó en el asiento. Las estrellas titilaban muy débiles, pero incluso durante aquel mes de invierno, alguna aún lograba brillar en el firmamento.

— Es una luna de gato... — murmuró Amanda, observándola fijamente.

Brett la examinó detenidamente, repasándola durante varios minutos.

— ¿Por qué es una luna de gato?

La joven apartó los ojos del firmamento para observar a Brett. Tenía el rostro iluminado entre las sombras de la noche. Se percató, además, de que Craig también estaba presente, pero se mantenía fuera del coche. Les estaba dejando intimidad para que pudieran estar a solas.

— Mírala bien. ¿No le ves nada extraño?

— No lo sé... — susurró él, buscando algo peculiar en el satélite.

Amanda resopló antes de retirarse una lágrima rebelde.

— Cuando era muy pequeña, mi madre me contaba una historia... me contaba la historia de las lunas de gato — explicó. Se detuvo para volver a observar al chico, que curioso, no apartaba la mirada de la luna — . Me decía que hacía muchísimos años, en un lugar remoto del planeta, existió un pueblo en el que los humanos veneraban a los gatos. Había muchísimos gatos, casi tantos como habitantes. El pueblo tenía las callejuelas de piedra y las casitas de madera, y aunque ese dato no es relevante en la historia, mi madre nunca se lo olvidaba. Los gatos eran de todos los colores, de todas las razas y de todo tipo de pelajes. Durante el día, paseaban con los humanos. Ambos se hacían compañía, se cuidaban y se respetaban. Y por las noches, los gatos se dedicaban a saltar de tejado en tejado, jugando, persiguiendo ratones o bailando bajo las estrellas. Pero había un gato que era diferente a todos. Un gato especial.

— Cómo tú... — susurró Brett con un hilillo de voz.

“Sí, como yo”, pensó. Sonriente, continuó con su relato.

— Se llamaba Fígaro. Era muy grande, tenía el pelaje blanco y espeso, los ojos negros como la noche y los bigotes alargados. No pasaba desapercibido entre los demás gatos. Pero su aspecto no era lo único que llamaba la atención.

Brett soltó una pequeña risita, como si aquella parte también le resultase curiosa.

— ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

— Que en esa parte el gato también me recuerda a ti — aseguró, con una sonrisa tonta en el rostro.

Al volverse en el asiento para mirar a Brett, notó una sensación extraña. Una que nunca antes había experimentado a lo largo de su vida. Fue como una explosión interna, como si su órgano principal estallase en millones de pedazos. Como si un huracán arrasase con sus entrañas o como si algo en su cabeza se desencajase para encajar de una forma distinta.

— A Fígaro no le molestaba ser diferente — continuó ella con la voz cargada de emoción — . Es más, le agradaba. A él no le importaba la soledad porque, en efecto, también le gustaba. Cada noche, mientras el resto de los gatos jugaban, él subía al tejado más alto del pueblo y se quedaba horas y más horas observando la luna. Todos los gatos se reían de él y lo señalaban, pero eso tampoco le importaba lo más mínimo. Él tenía su interés en la luna. Cada

noche, pasaba las horas contemplándola y durante el día soñaba con ella. Se preguntaba, incrédulo, qué tipo de magia le permitía cambiar de forma o brillar con más intensidad y se pasaba horas y más horas examinándola en busca de respuestas. Solamente su amiga Calipso se preocupaba por él e intentaba que su obsesión por la luna no aumentase. Pero Fígaro no entendía por qué ninguno de los gatos sentía curiosidad por ella, porque ninguno de ellos podía percatarse de lo hermosa que era. “¿Podré algún día llegar hasta ella y acariciarla con mis bigotes?”, le preguntaba Fígaro a Calipso.

— ¿Por qué tengo la sensación de que esta historia habla sobre ti, Amanda? — murmuró él.

Ambos guardaron silencio con la brillante y redonda luna sobre sus cabezas.

— No lo sé — dijo, encogiéndose de hombros.

— Termina tu historia — suplicó Brett, que de alguna manera, se sentía tan hipnotizado y hechizado como Fígaro en el cuento.

— Todos los gatos terminaron cansándose de Fígaro y de su luna. Incluso su amiga Calipso terminó por hastiarse de sus suspiros absurdos. Hasta que, un buen día, Fígaro desapareció del pueblo. Tanto los gatos como los humanos recorrieron cada rincón buscándolo, pero aquel gato tan especial no volvió a aparecer. Desapareció y no regresó. Calipso, nostálgica, comenzó a contemplar la luna preguntándose si, después de todo, su amigo Fígaro habría logrado llegar a ella.

— ¿Por eso se les llama lunas de gato?

— No todas lo son — especificó Amanda —, ni todo el mundo tiene capacidad de verla. Pero desde entonces, algunas noches, la luna tiene unas sombras extrañas entre sus manchas — Amanda levantó el brazo y señaló las sombras de la luna con el dedo índice, esperando que Brett pudiera percibir aquello a lo que se refería —. Se dice que únicamente las personas que poseen un alma soñadora pueden ver las sombras y los largos bigotes de un gato en ella.

— ¿Hoy hay una luna de gato?

Amanda asintió en silencio.

Tenía la boca seca de tanto hablar. Es más, estaba segura de que en toda su

vida no había conversado tanto con ninguna otra persona.

— ¿No la ves? — inquirió ella, que aunque había dejado de mirar al cielo, lo miraba a él.

Cuando él volvió la vista hacia ella, también sonreía. Sus ojos chispeaban de emoción.

— La veo — aseguró.

Alargó el brazo y entrelazó sus dedos con los de la joven.

La sensación de que un huracán arrasaba con sus entrañas se intensificó aún más y, sin saber muy bien la razón, sintió deseos de echarse a llorar. Una lágrima recorrió de forma lenta su mejilla hasta extinguirse bajo su barbilla. Ella no lo sabía, pero él sentía lo mismo en aquellos instantes.

La luna, que aquella noche parecía brillar con más intensidad que nunca, les regaló muchas horas de espectáculo. Al igual que Fígaro, ambos pasaron la noche contemplándola, enamorándose de ella. Y de ellos. Los segundos se transformaron en minutos y los minutos, en horas. Ninguno quería decir adiós. Ninguno quería soltar la mano del otro. Poco a poco, el sueño les fue abrazando hasta que sus párpados terminaron cerrándose. Juntos, unidos, con los astros salvaguardando sus sueños bajo aquella noche de luna llena.

Se despertaron con los cristales helados por el frío de la madrugada cuando ya había amanecido en el exterior.

Aunque aquella noche habían caído de forma brusca las temperaturas, a ninguno de los dos les despertó el frío. Ambos jóvenes durmieron plácidamente hasta que los primeros rayos de luz se filtraron a través del parabrisas delantero, dándoles los buenos días.

Craig sonreía de forma tierna, mirando muy fijamente a Amanda. Dos días. Dos días había necesitado para amar a aquella chica tanto como a una hija.

— Buenos días — la saludó Craig cuando amaneció.

Ella parpadeó a modo de repuesta.

No quería hacer ruido, aunque Brett ya se encontraba medio despierto para entonces.

— Me siento orgulloso de ti — explicó el anciano con el rostro cansado —. Pase lo que pase hoy en el juzgado, quiero que lo sepas. Me siento muy orgulloso.

Vocalizó un silencioso “gracias” y el viejo Craig le devolvió un guiño de ojo. Amanda volvió a percatarse de que ambos compartían el mismo color de iris, lo que le resultaba tan curioso como extraño.

Unos segundos después, Brett abrió los ojos y contempló las escarchadas ventanas con el ceño fruncido.

— ¿Sabes qué hora es? — inquirió, mirando a la joven.

Amanda negó silenciosamente con la cabeza y el chico giró la llave del contacto para iluminar el salpicadero del coche.

— Hora de ir al juzgado — señaló Craig, sentado en el asiento trasero y

listo para la acción.

— ¿Nerviosa? — preguntó Brett, incorporando el respaldo y preparándose para arrancar.

Casi no habían dormido, no se habían duchado y llevaban bastantes horas sin ingerir ningún tipo de alimento.

— Sólo un poco, pero sé que Craig se sentiría orgulloso con lo que hemos hecho. Creo que eso es lo importante.

El anciano alargó el brazo y acarició el hombro de Amanda. Ella percibió una presión invisible y, sin mirar hacia atrás, sonrió.

Aparcaron el coche en el parking privado del edificio de paz y se acercaron a la cafetería para desayunar. Estaban tan hambrientos que podían haber devorado el plato de cruasanes al completo, porcelana incluida. Pero tras varios cafés y una sobredosis de bollería y de carbohidratos, ambos se sentían mucho más preparados para enfrentarse a la vida.

Entraron los primeros al juzgado.

Amanda y Brett se sentaron juntos en una de las primeras filas y se mantuvieron en silencio, pensativos, hasta que fueron llegando el resto de los citados. Los hijos de Craig Sullivan entraron en el juzgado a la par. Era evidente que se habían puesto de acuerdo para venir juntos. La joven observó que el anciano los miraba con nostalgia, pero también con ternura y amor. Amanda comprendió entonces que, independientemente de cómo se hubieran comportado, Craig siempre amaría y adoraría a sus hijos.

— El alto es Donald — señaló, con cierto orgullo en el tono de su voz —, y el mayor de todos es Rupert. La pequeña es Julianne, aunque eso ya lo sabes.

“La pequeña”, repitió mentalmente Amanda.

Aquella chica debía de tener, como poco, diez años más que ella.

El señor y la señora Astor llegaron a la sala con puntualidad, pero se mantuvieron al margen en uno de los bancos del fondo. El juez, el fiscal y un notario llegaron después. El abogado de los hijos de Sullivan también llegó a su hora, y después todo el mundo guardó silencio esperando que los citados restantes acudieran al lugar.

Aunque Amanda había comenzado a preocuparse, Kathy Fox y Benjamin Hartley no fallaron al encuentro. Y justo cuando el perito comenzaba a

examinar el testamento, para sorpresa de Brett y de Amanda, el señor Andrews irrumpió con su oxidado andador para sentarse junto al señor Astor y su mujer. Ninguno de los herederos parecía tener relación ni conocerse de nada, lo que era, sin duda alguna, realmente extraño.

El perito, tras un examen exhaustivo del testamento, llamó a los hijos de Sullivan. El juez les pidió que únicamente respondieran a las preguntas que él hiciera y les recordó que más tarde podrían hacer las observaciones que creyeran oportunas. Amanda escuchó cómo el perito preguntaba si reconocían la letra del testamento como la de su padre. Julianne dudó y Donald respondió que no podía asegurar que así fuera. Rupert, en cambio, dijo que creía que aquello pudiera haberlo escrito su padre. Una vez más, le preguntaron si creía que la letra podía pertenecerle, y al final refunfuñando, también respondió que no estaba del todo seguro.

Craig, que estaba sentado junto a Amanda, reaccionó con disgusto a las alegaciones de sus hijos. Esperaron con paciencia durante una hora hasta que el perito dictaminó que la letra del testamento pertenecía a Craig A Sullivan y que no consideraba que aquellas páginas hubieran sido escritas bajo ningún tipo de presión o coacción. Entonces, el abogado de los hijos protestó diciendo que aquello era totalmente imposible. La demencia que sufría Craig le inhabilitaba para muchas cosas, como por ejemplo, para escribir con coherencia. Sin darse cuenta, el abogado de los hijos acababa de meter la pata hasta el fondo. El único motivo por el que el juez habría invalidado el testamento habría sido demostrando que el fallecido no estaba en sus plenas facultades mentales cuando lo escribió, pero dado que el diagnóstico del señor Sullivan consideraba que era incapaz de escribir con coherencia y que, en efecto, el anciano había redactado con normalidad un testamento legal y coherente, el diagnóstico médico del fallecido no se tomaría en cuenta a la hora de decidir si aquel testamento se protocolizaba o no.

— Esto es ridículo — escupió Donald, indignado.

— Mi padre no escribió ese testamento — refunfuñó entre dientes Julianne, lanzando una mirada asesina a Amanda.

La joven, que días atrás hubiera abandonado aquella sala despavorida, ni siquiera se inmutó. Convencida de que estaba haciendo lo correcto y de que tan solamente cumplía con la última voluntad de su anciano amigo, levantó la cabeza orgullosa y decidió ignorar a los decepcionados hijos de Craig.

El juez, entonces, fue llamando a los herederos presentes para interrogarles de uno en uno. El primero fue el señor Astor, al que le preguntaron de qué conocía al señor Sullivan.

— Nos criamos juntos en el mismo barrio — explicó, recolocándose mientras tanto su parche pirata.

— ¿Estaban muy unidos?

El señor Astor dudó.

— No exactamente. Tuvimos una conexión muy fuerte durante nuestra infancia, pero después no volvimos a vernos más.

Amanda pensó que “una conexión muy fuerte” era una forma extraña y peculiar definir una amistad.

El siguiente al que interrogaron fue al señor Andrews. Sus palabras fueron escuetas y explicó poco, o más bien nada. Concluyó el interrogatorio tras mencionar que la relación que les unía se remontaba a sus años escolares.

Kathy Fox lloró de forma desconsolada y explicó que Craig y ella habían estado muy unidos.

— Nos quisimos muchísimo. Fuimos muy buenos amigos hasta que... Bueno, hasta que la vida nos separó — contó entre gimoteos.

Kathy era unos diez años menor que el señor Sullivan. El juez quiso saber hacía cuánto tiempo no se veía con el señor Sullivan y ésta, dolida, respondió que su muerte había sido la primera noticia que había tenido de él en veinte años. De todos los herederos que habían subido hasta el momento al estrado, Kathy parecía ser la única que lamentaba la pérdida de Craig Sullivan de corazón.

Benjamin Hartley fue el último en subir. No veía al señor Sullivan desde que, a sus treinta, lo despidieron del hospital en el que ambos habían trabajado.

Amanda miró a Craig, extrañada, preguntándose por qué había decidido dejar aquella cantidad tan importante de sus ahorros a gente de su pasado. Era extraño, y tanto el juez como el fiscal estuvieron de acuerdo en que aquel testamento no era, en absoluto, habitual.

— ¿Pero no se dan cuenta? — gritó Donald con los nervios crispados — . ¡Mi padre no recordaba su vida cuando redactó el documento! ¡No se

acordaba de nosotros! ¡Sufría demencia!

Julianne asintió, conforme a lo que su hermano decía.

— Mantengamos la calma, por favor... — suplicó el juez, justo antes de pedirle a Amanda que se levantase.

— ¿Me harás un último favor? — le pidió Craig a la joven mientras caminaba al estrado.

Ella asintió.

Estaba en aquel lío por el anciano y haría lo que fuera por ayudarlo. Hasta el final. O todo, o nada, pensó.

Todas las miradas se habían clavado en el último testigo. Solo faltaba Amanda por hablar y los hijos de Sullivan conservaban la esperanza de que aquella muchacha tan extraña de labios azules no tuviera demasiado que decir.

Aún así, todos se hacían una misma pregunta, la primera que el juez formuló.

— ¿De qué conocía al señor Sullivan?

Amanda resopló y, en aquel instante, le cedió la palabra al anciano.

— Diles que fuimos muy buenos amigos.

— Fuimos buenos amigos — murmuró con la voz un tanto temblorosa.

— ¿Buenos amigos? — quiso saber el fiscal — . Podía haber sido su nieta.

— Podía. Pero no era su nieta, únicamente era su amiga — respondió, asombrada con la valentía que estaba demostrando en esos instantes.

El juez no supo qué responder.

— ¿El señor Sullivan le entregó el testamento?

— Así es. Nos vimos la mañana de su muerte y me pidió que cuidase de él. No quería que sus hijos lo destruyeran.

— ¡Mentirosa! — gritó Julianne, alterada — . ¡Es una mentirosa!

El juez pidió orden y, después, le preguntó a Amanda si ella podía explicar por qué el señor Sullivan había dejado todos sus ahorros a personas a las que llevaba sin ver más de media vida.

— Como bien ha explicado el abogado de sus hijos — comenzó, guiada por la voz del anciano. Aquella que únicamente ella podía escuchar — , Craig

sufrió alzhéimer durante los últimos años de su existencia. Aquella enfermedad no solo le hizo perder sus recuerdos, sino también su cordura — continuó, con la voz afligida. Decidió centrar su mirada en Brett para que le transmitiera valentía — . Fueron años muy duros. Años en los que, incluso, llegó a olvidar su propio nombre. Pero la madrugada de su muerte se despertó... cuerdo. Fue consciente de que recordaba todos los detalles de su vida, incluso lo que había ocurrido durante ese periodo de tiempo en el que había estado ausente...

— Menudas tonterías... — soltó Rupert, indignado.

Amanda decidió ignorarle y continuó diciendo lo que su amigo le decía.

— Recordaba perfectamente cómo su esposa lo había cuidado hasta el día en el que falleció. Entonces todo comenzó a torcerse... Vio como sus hijos, poco a poco, le robaban. Al principio iban a visitarle para cuidar de él, pero eso cambió con el tiempo, en cuanto descubrieron que la enfermedad de su padre era una carga para sus ajetreadas vidas.

— ¿Pero de verdad tenemos que escuchar estas estupideces, señoría?
— gritó Donald, cada vez más alterado.

— Así es, señor Sullivan. Tendrán que esperar hasta que la señorita termine con lo que tiene que decir.

Craig, que observaba las reacciones de sus hijos, sintió más que nunca que aquella decisión que había tomado era la más correcta.

— Aquella madrugada de su muerte recordó que Julianne había robado la vajilla de porcelana mientras a él se le caía la baba delante del televisor. Recordó, también, que sus tres hijos se habían repartido las joyas de oro para venderlas, mientras él estaba postrado en la cama sin poder moverse. Se lo llevaron todo, pero no contentos con eso, más tarde, lo internaron en la residencia y llamaron al abogado que está aquí presente para que, con la ayuda de un médico, se firmase su discapacidad mental.

Los tres hijos del Sullivan, boquiabiertos, escuchan todo lo que la joven de los labios azules decía. Incrédulos, ni siquiera sabían cómo defenderse de esas acusaciones.

— Le robaron todo el dinero que tenía en las cuentas y únicamente dejaron su pensión de jubilación para pagar con ella la residencia. El dinero que se

nombra en el testamento estaba en una cuenta que, hasta su fallecimiento, no podría tocarse. Ha sido lo único que se ha salvado de las garras de sus hijos.

— ¡Esto es increíble! — gritó Rupert, histérico.

— Si no pueden mantener la compostura, entonces tendré que pedirles que abandonen la sala — gruñó el juez con un tono de voz autoritario, sin dejar lugar a ningún tipo de discusión — , por favor... Continúe.

Craig carraspeó y, sin dudar, continuó guiando a Amanda con el discurso.

— Al principio pensó que sus hijos se habían transformado en monstruos. Era incapaz de concebir la idea de que hubieran cometido dichos actos sin sufrir ningún tipo de remordimiento... Y pensó que, dadas las circunstancias, lo último que merecían era recibir la herencia; los ahorros y las propiedades que aún conservaba y que no le habían podido arrebatar. Entonces, se preguntó; ¿a quién debía dejar sus ahorros? Y fue consciente, por primera vez en muchos años, que él, en un pasado, también había sido un monstruo. Aunque fuera en su última voluntad, el señor Sullivan quería poder remediar los actos crueles que había cometido en el pasado y, así, servir de lección a su descendencia. A sus hijos y a sus nietos.

Los hijos de Sullivan refunfuñaron en voz baja mientras que, Amanda, comenzaba a llorar.

— ¿Quiere hacer una pausa? — preguntó el fiscal al ver el estado de la joven.

Ella sacudió la cabeza en señal de negación y, con las lágrimas rodando por las mejillas, continuó.

— Todos los aquí presentes han mentido en el interrogatorio — murmuró con la voz ahogada — . El señor Astor y el señor Sullivan no fueron amigos. Ni siquiera intercambiaron un saludo. El señor Astor se mudó con su familia al barrio residencial en el que Craig vivía y...

— En aquel entonces éramos unos niños, pero eso no justifica cómo actuamos — le explicaba, dolido, Craig a Amanda — , era muy gracioso meternos con los más débiles. Más aún si eran diferentes. Eric fue el primer chico negro que vivía en el barrio y Luke y yo le hicimos la vida imposible. Todas las mañanas le esperábamos en cuadrilla detrás de los matorrales y le disparábamos con el tirachinas piedras, intentando pinchar las cámaras de las

ruedas de su bicicleta. En alguna ocasión lo conseguimos y eso hizo que lo siguiéramos intentando. Una vez le dimos en un brazo, en vez de en la rueda, y así comenzamos a practicar la puntería que teníamos. Uno de los chicos del barrio me retó a lanzarle una piedra a la cabeza. “Dale en el cogote”, decían, entre risas. Yo ni siquiera pensé lo que hacía. Tenía doce años y quería ser “guay”. Quería ser importante.

— Craig disparó el tirachinas mientras el señor Astor estaba de espaldas — continuó Amanda, cuyas lágrimas seguían recorriendo su rostro —, pero entonces uno de los chicos gritó el nombre del señor Astor y este se giró. La piedra impactó en su ojo derecho...

Amanda miró al hombre que, sentado en el banco del fondo, también derramaba lágrimas.

— ¿Por qué me dijiste que había sido un accidente? ¿Qué fue un accidente de bicicleta y que una rama te atravesó el ojo? — preguntaba su mujer, dolida e impactada por la historia que Amanda acababa de contar.

— Cuando lo vimos en el suelo, sangrando, decidimos huir. Ninguno volvió a hablar de aquel asunto jamás. Nunca. Ni siquiera les contamos a nuestros padres lo que había sucedido.

— El señor Sullivan nunca más volvió a hablar de ello y tampoco se responsabilizó de sus actos — explicó Amanda con un hilillo de voz —. Señor Astor, él se arrepintió cada día de su vida. Aunque no cambia los hechos, quiere que lo sepa. Que lo sintió y sufrió.

El hombre se levanto de su asiento y, sin decir nada, asintió.

— Hace tiempo que le perdone — susurró con la voz afligida.

Los hijos del señor Sullivan estaban tan consternados que ni siquiera abrieron la boca para decir nada. Ni para excusar a su padre. Brett, sentado en primera fila, observaba a Amanda con los ojos abiertos como platos.

— El señor Andrews, en cambio, no ha mentado. Sullivan y él se conocieron durante sus años escolares...

— Más concretamente, fuimos inseparables durante nuestro último año antes de la universidad. Mi familia no tenía dinero y la suya tampoco, así que la única opción que teníamos era acceder a la beca del colegio si

pretendíamos tener un futuro — explicaba Craig, con la mirada clavada en su viejo amigo, Victor — . El día del examen los dos estábamos hechos un flan. Temíamos que uno de nosotros pudiera sacar la mejor nota y que otro se quedase en tierra. Solo había una beca, así que...

— Se desearon suerte y juraron que, le tocase a quien le tocara, se alegrarían el uno del otro si uno de los dos resultaba ser el afortunado... — murmuró Amanda, observando cómo las manos temblorosas del señor Andrews se aferraban a su andador.

— Pero cuando el docente anunció que Victor había ganado la beca, la rabia y la envidia pudieron conmigo. Le tendí una trampa. Le acusé de haber copiado el examen y coloqué en la bandeja de su pupitre hojas minúsculas con respuestas que habíamos tenido que dar — admitió con pesar Craig — . Le descalificaron y yo gané la beca. Debería de haber sido él, pero la gané yo. Y tampoco asumí mi culpa jamás...

— Por eso, en su última voluntad, también quiere pedirle perdón, señor Andrews. Lo siente en el alma.

— ¡Todo esto es una farsa! — gritó Donald, indignado, antes de salir dando tumbos del juzgado.

Julianne y Rupert se encontraban demasiado consternados para decir nada más.

— Haremos una pausa antes de continuar... — anunció el juez, masajeándose las sienes.

Aquella herencia estaba resultando mucho más complicada de lo esperado.

— ¿Estás bien? — preguntó Brett, entrelazando sus dedos con los de Amanda al igual que lo habían hecho aquella noche mientras veían las estrellas.

— Un poco impactada, pero sí. Estoy bien — respondió con la voz cansada.

Craig se había quedado sentado en las gradas, junto a sus hijos. A pesar de que su corazón no latía, Amanda podía percibir el nerviosismo y el dolor con el que Craig estaba afrontando aquel juicio.

— Creo que fue muy valiente — dijo Brett, mirando a Amanda — . Podía haber enterrado sus errores en el pasado, pero no lo hizo. Y creo que tú también estás siendo muy valiente... — aseguró el chico — , mucho más de lo que lo soy yo.

En ese instante, el joven abogado ya había tomado una decisión; dejaría aquel bufete para buscar su camino. No le importaba si tenía que fregar platos o preparar hamburguesas, o si aquella era la última vez que pisaba un juzgado. Lo único que tenía por seguro es que no se dejaría engatusar por un bufete que jugaba con sus miedos y se aprovechaba de su desesperación. Se mantuvieron de aquella manera, juntos, los diez minutos que el juez otorgó de descanso.

Después, Amanda regresó al estrado para continuar su historia.

— Ya falta poco, de verdad — aseguró el anciano antes de empezar a relatar su pasado con Kathy Fox.

— Kathy Fox fue el mayor secreto de Craig Sullivan. Durante toda su vida tuvo miedo de que saliera a la luz, pero al final, al igual que sus recuerdos, su historia con Kathy también quedó en el olvido. Fueron amantes durante

muchísimos años — contó, mientras la mujer se deshacía en un mar de lágrimas y los hijos de Craig, horrorizados, negaban que aquello pudiera ser verdad — . Craig amó a Kathy tanto como Kathy lo pudo haber amado a él. Cada vez que se veían, Craig le juraba que dejaría todo por ella; y lo decía porque así lo sentía. Pero después regresaba a casa y comprendía que también amaba a su mujer. Y a sus hijos. Y que jamás abandonaría aquella familia que había construido junto a su esposa. Fueron pasando los años hasta que, finalmente, optó por romperle el corazón y abandonarla.

— ¿Eso es verdad? — preguntó Julianne, consternada, mirando fijamente a la mujer que lloraba tras ella — . Mi padre... ¿engañaba a mi madre contigo?

Kathy, deshecha, asintió con pesar.

— Lo..., lo siento, chica — acertó a tartamudear entre gimoteos — . Jamás quisimos hacerle daño a nadie...

— Craig también quiere pedirte perdón, y aunque sabe que no hay manera de compensar todos sus actos, espera que cada persona a la que ha nombrado en ese documento sea capaz de perdonarle en sus errores.

Faltaba poco para llegar al final.

El último de todos era Benjamin Hartley. Había sido compañero de Craig, aunque no habían sido, precisamente, buenos amigos. La rivalidad entre ellos siempre había sido latente, y eso fue lo que motivó a Craig y no titubear cuando provocó el despido del señor Benjamin. Con sus acusaciones no había pretendido, en ningún momento, que el consejo del hospital abriera una investigación contra Benjamin. Pero finalmente, aquel acto de traición de Craig concluyó no sólo con un despido, si no con que al señor Hartley se le fuera retirada su licencia para ejercer la profesión.

Después de tantos años de silencios y de otros tantos de olvido, Craig A Sullivan destapaba todos sus secretos más oscuros con la intención de enmendar sus errores y de servir de ejemplo para sus hijos y nietos. Esperaba que, si ellos estaban a tiempo, no cometieran las mismas atrocidades que él había llevado a cabo en el pasado.

— ¿Y qué es, exactamente, lo que le ha dejado a su fiel confidente? — preguntó el fiscal refiriéndose a Amanda.

Ella sonrió.

Observó a su amigo fijamente; el rostro del anciano, por fin, reflejaba paz. Sus ojos, al igual que aquel día cuando se bajaron del autobús, se fueron apagando poco a poco hasta que, finalmente, todo su cuerpo comenzó a desvanecerse. Su amigo Craig abandonaba aquel mundo, dejando las cosas tal y como había pretendido dejarlas. Dejaba lágrimas en los ojos y corazones en un puño. Había abierto viejas heridas para echarles sal, pero Amanda estaba segura de que después de eso, todas ellas terminarían por sanar por completo. Quizás, aún así, las cicatrices no desaparecerían; pero al menos se atenuarían y disimularían más.

— ¿A mí? — repitió, sonriendo por primera vez desde que aquella vista había dado comienzo —. Me ha dejado su valentía, sus sueños... Su sabiduría. Creo que hoy soy un poquito mejor de lo que era ayer, y eso es gracias a Craig.

Amanda tenía la firme convicción de que, después de aquellos dos días, nada volvería a ser lo mismo para ella. Jamás.

El juez, entonces, pidió otro pequeño descanso para tomar la decisión final. Aunque ese descanso no duró demasiado. Ninguno de los testigos se levantó de su asiento, porque todos parecían demasiado impactados para moverse o hablar. Se mantuvieron en la misma posición, sentados, como unos ejemplares alumnos que, después de clase, se esforzaban por memorizar la lección recibida.

Cuando el juez regresó a la sala, decidió que el testamento se daba como válido. Amanda lamentó que Craig no se hubiera quedado unos minutos más en aquel mundo para escuchar el veredicto final. Pero después comprendió que aquello nunca había tenido importancia para él. Lo único que su viejo amigo había pretendido antes de marcharse, había sido limpiar y sanar el alma de sus hijos. Y lo había hecho. Lo había conseguido.

Brett y Amanda se quedaron allí sentados mientras todos se marchaban. La mayoría abandonaron la sala llorando. Otros muchos se enjugaron el llanto, pero sus rostros reflejaban todo aquello que se esforzaban por callar. Donald fue uno de los que no lloró, ni habló.

Cuando se quedaron a solas, ambos jóvenes se miraron fijamente.

— ¿Y ahora qué? — inquirió Brett con la sensación de que aquella experiencia le había dejado en el cuerpo una resaca difícil de superar.

— Ahora nos vamos a casa — respondió Amanda, feliz, mientras su teléfono móvil resonaba en el interior del bolsillo.

Era Donna.

Descolgó y le explicó a su hermana que estaba muy ocupada y que en esos instantes no podía hablar.

— Pero estoy deseando verte el miércoles y contártelo todo, Donna — añadió, antes de colgar.

Donna se quedó boquiabierta con el teléfono en la mano. Jamás, hasta entonces, su hermana había querido verla. Siempre había sido una obligación, más bien.

Cuando salieron del juzgado, el frío de enero los saludó con fuerza. Año nuevo, vida nueva, pensó Amanda. Y sin decirse nada, ambos miraron simultáneamente hacia el cielo. La luna de gato se mantenía a la vista incluso de día, decidida a no marcharse a dormir para poder despedir a Craig tal y como se lo merecía.

Amanda invitó a Brett a pasar a su piso. Y no necesitó ningún tipo de incentivo para hacerlo; lo hizo porque, simplemente, había comprendido que una vez más, su viejo amigo tenía razón. El ser humano no era un animal solitario. Aunque a veces, alguno necesitaba buscar más a fondo su compañía más idónea.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? — preguntó Brett, dejándose caer en el sofá junto a la gata.

— No lo sé — murmuró ella, sentándose en el hueco que quedaba libre.

Se sintió feliz porque su gata y Brett congeniasen con tanta rapidez. Luna era lista y, al igual que lo había intuido con Craig, también sabía que aquel joven abogado tenía un corazón puro y soñador.

— Creo que no voy a volver al bufete — explicó, sintiéndose valiente mientras lo decía en voz alta — , creo que voy a perseguir mis sueños, como Fígaro.

— ¿Y qué harás? — quiso saber Amanda.

— Abriré mi propio bufete, aunque tenga que montar el despacho en mi casa y patearme las calles en busca de clientes.

— Creo que es muy buena idea — aseguró la chica.

Brett se incorporó para quedar a su lado. Tenía ojeras, su rostro reflejaba el cansancio de aquellos dos largos días y su pelo rubio estaba alborotado. Ni siquiera el arrugado traje de ejecutivo lograba hacerle parecer un poco más formal.

— Y creo que tú tampoco deberías regresar a esa editorial — explicó con convicción.

— ¿Y qué debería hacer? — rió, divertida por aquella sugerencia tan

descabellada.

— Deberías dibujar tus lunas y escribir tus relatos — dijo — , el mundo quiere conocerte, Amanda. Pero tienes que dejarte ver sin miedo.

Ella no supo qué responder; sabía que Brett tenía razón.

— De todas maneras, supongo que a estas alturas ya estaré despedida — musitó en voz baja tras recordar que aquel día tampoco había ido a trabajar.

Él soltó una carcajada, divertido.

— Creo que eso está bien, de verdad — aseguró — , creo que deberíamos ser como Fígaro.

— ¿No dijiste que yo ya lo era? — inquirió ella, guiñándole un ojo.

Fue consciente en ese momento de que su burbuja personal se había ampliado para hacerle un hueco a Brett. En realidad, fue consciente de que hacía mucho tiempo que deseaba ampliar aquella burbuja, pero que hasta entonces había sido demasiado cobarde para hacerlo. Se miraron fijamente a los ojos mientras el azul verdoso o el verde azulado de Amanda saltaba en chispas.

— ¿Te asustarías si te dijera que creo que estoy enamorado de ti? — murmuró con un hilo de voz Brett, antes de ahuecar la mano sobre la mejilla de Amanda.

Ella tragó saliva.

Una vez más, el huracán de sus entrañas arrasaba con todo y hacía estallar su corazón. Fue incapaz de responder con palabras, así que simplemente negó rotundamente con un silencioso gesto de cabeza. No, no le parecía una locura. Porque ella, muy en el fondo, llevaba tiempo enamorada en silencio de él.

Brett se acercó a la joven tanto que, por primera vez en su vida, Amanda estuvo lo suficiente cerca de un hombre como para poder aspirar el olor de su perfume. La mano de Brett acarició su mejilla de forma delicada y ella sintió cómo el vello de su cuerpo se erizaba ante aquel contacto. No sintió miedo. Cerró los ojos y esperó, ansiosa, hasta que los labios de Brett presionaron los suyos. No importaba que él ya hubiera estado con más mujeres porque, en aquel instante, tuvo la sensación de que jamás hasta entonces había besado de verdad a nadie.

Tuvo la sensación de que lo único que quería para el resto de su vida, era besar eternamente a la chica de los labios azules y las lunas de gato.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa

Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

